REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIII — San José, Costa Rica **1937** Sábado 13 de Marzo — Num. 10

Año XVIII — No. 794

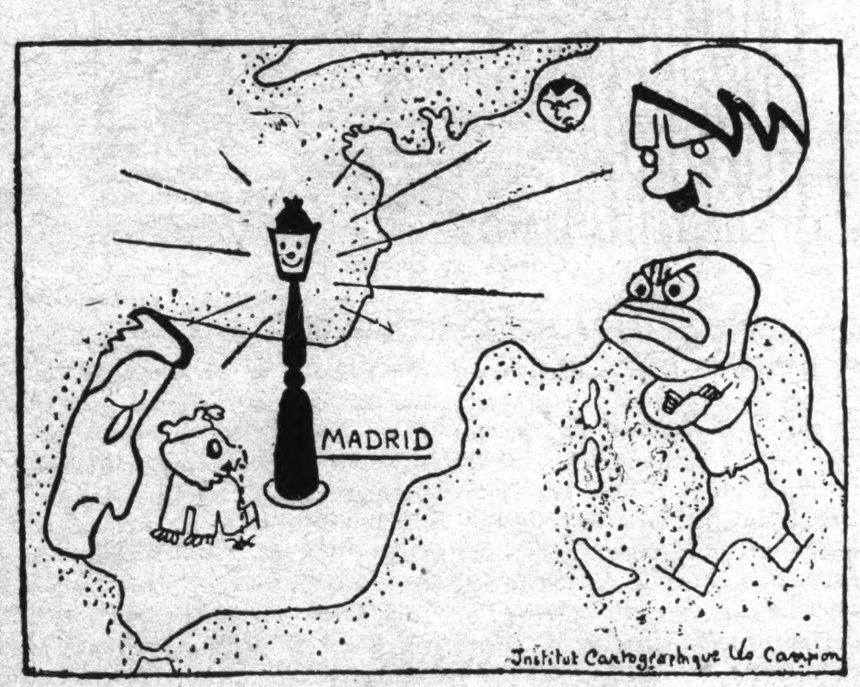
SUMARIO

El pueblo español frente a la barbarie fachista

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración*. Costa Rica y marzo de 1937 =

He aquí que el histriónico amo de Italia lanza contra el pueblo español aunado en la defensa de Guadalajara sus columnas en una ofensiva preparada por ese amo en el propio suelo italiano. Está pensando en Abisinia y aprovecha el descastamiento de los traidores que le abrieron la puerta de España para aplicar los mismos métodos de conquista. Puro aparato bélico, porque las mesnadas que el fascismo arrea sobre el invencible pueblo español en lugar de sorprenderlo abandonado a un destino miserable, lo hallan vigilante de su propio providencial destino. Y porque el pueblo español lucha por salvar de la barbarie el más grande de los destinos confiado al honor de pueblo alguno, es que las mesnadas fascistas están hundiéndose en Guadalajara. Llegaron con la orden de vencer aparatosamente para que la cínica prensa fascista proclamara el triunfo. El mismo escenario prepararon en Málaga y como allí el pueblo español no pudo organizar la defensa y cedió, imaginaron que les bastaba hablar de columnas motorizadas y de tanques bebés y de aviones Capronis, para que el desparpajo se hiciera al paso de las mesnadas apertrechadas. Empujaron a las compactas masas de milicianos y juzgaron que las aniquilaban porque las vieron ondular simplemente. Pero esas masas no quebraban su ritmo de guerra frente a las mesnadas fascistas. Ondularon nada más y están acabando con las milicias del histriónico amo de Italia.



El farol

Los nacionales han entrado en Madrid

(*Le Pays Réel*, Bruselas).

El comentarista inglés Lord Strabolgi en un reciente artículo que titula *Lecciones de España* dice que el estratega y el estudiante de cuestiones militares y navales, el político, y por sobre todo el hombre corriente, tienen mucho que aprender de la actual guerra desatada por la piratería fascista contra el pueblo español. Nos toca hablar de esa guerra con el criterio del hombre sin especialización. Todos los aspectos de ella nos interesan y nuestros juicios son por lo mismo el resultado de las grandes enseñanzas que el pueblo español da al mundo cada vez que aplasta heroicamente a las mesnadas echadas contra él. Celebramos profundamente la acción de Guadalajara porque con ella el pueblo español afirma su voluntad de ser libre. Y la voluntad de ser libre es lo que los pueblos del mundo deben afirmar en esta hora del baldón fascista. Voluntad de ser libre es el grito del pueblo español en Guadalajara. Lo dice profundamente en cuanto no más ha visto que quien lo ataca es el sector de un pueblo que no pudo a tiempo defender esa voluntad. Ha visto el pueblo español cómo es de miserable la condición del italiano sometido al capricho de un amo histriónico. Allí lo tiene frente a sí buscando con sus medios de destrucción cómo abrir la brecha que debilite en el español la defensa de su voluntad de ser libre. Lo ha armado la pillería internacional y ciegamente usa las armas para que el amo esclavice a otro pueblo. Ya tuvo el pueblo español también frente a sí mesnadas sacadas de Africa. Con ellas pensaron los fascismos que alentaron la militarada vencerlo. Y las aniquiló. No acierta el español a comprender por qué sigue en orden de inferioridad el italiano. No pudo el moro y han venido columnas italianas a tomar Madrid. Y la guerra contra España la fomentan los dos amos, el de Alemania y el de Italia. Dos amos y uno de ellos se considera superior al otro. No ha querido el alemán mandar ejércitos numerosos a acabar con la voluntad de ser libre que defiende el pueblo español. Todavía los ejércitos nazis están por encima de los italianos. Primero los moros, después los italianos, según la estimación alemana. De suerte que el italiano apenas si está muy poco por encima del moro. Ese es el orgullo de los nazis demostrado en la guerra contra el pueblo español. Deben reservarse para desembarcar en grandes partidas cuando los italianos fracasen.

Pero en Guadalajara defiende el pueblo español su voluntad de ser libre. La defiende en su propio suelo y sobre él deja moverse a las columnas del amo de Italia. Las va quebrando poco a poco. Nada hace el mercenario con el poder de sus armas ultramodernas, porque tampoco ha llegado a defender cosa alguna. Es un desgraciado echado por el régimen y como acciona en suelo que no conoce lo hace como sonámbulo. El pueblo español vigila su libertad. Conoce su propio suelo y pelea erguido. Está venciendo. Las columnas fascistas no podrán jamás desalojar al pueblo español de su territorio.

Esto nos enseña la guerra de España a los que estamos con su pueblo y seguimos ansiosamente su lucha. Es la gran enseñanza y todos pueden comprenderla. Por esto dice Lord Strabolgi que el hombre corriente es quien más aprende de tal guerra. Y comenta para nosotros el papel del llamado Comité de No-Intervención ubicado en Londres. "Es una farsa" —afirma—. Se sabe que es una farsa: se sabe que los gobiernos de los estados cuyos representantes se sientan a deliberar en ese Comité están mintiendo y haciendo escarnio". Las inmensas columnas echadas por el amo de Italia

contra Guadalajara respaldan las palabras acusatorias del comentarista inglés. En Londres discuten y acuerdan prohibir que desembarquen "voluntarios" en España. Pero los que discuten son enemigos del pueblo español. No desean los representantes de los gobiernos en el Comité que el pueblo español se dé el gobierno que quiera. Hacen escarnio esos representantes. El amo de Italia puede así traer sus columnas a España y las desembarca sin ocultar nada. Y en el Comité hay representante de ese amo que da su voto para impedir el desembarco de mercenarios. Jamás ha visto el mundo desvergüenza mayor.

Pero en Guadalajara el pueblo español vencerá al fascismo. La voluntad de ser libre que ese pueblo defiende heroicamente no podrá nunca arrancársela el fascismo. Hablan por ese pueblo los encargados de advertir a los farsantes reunidos en comités que en la lucha están dispuestos a todo. Es viril la advertencia. Largo Caballero no quiere que a España la consideren los fascismos y los aliados de los fascismos como cosa indefensa. España está viva y es grande el poder que se saca de la entraña sangrante para ganar la guerra. Ha dicho que si con la complicidad de las naciones convertidas en Comité de No-Intervención los fascismos continúan metiendo la guerra en España, no habrá fuerza capaz de impedir al pueblo español que consiga armas para defenderse. Este tono erguido es el que cuadra en los defensores de España. No es España colonia ni protectorado. Es nación grande con un pueblo animado por la voluntad de ser libre. No la desanima la desigualdad en que lo ponen los fascismos. Los aguarda con coraje insuperado. Sus voceros son altivos porque la altivez les viene de lo hondo del alma que no ha sido esclava. El amo de Italia intenta conquistar un pueblo que está por encima de todo su poder guerrero. Y aunque las hipocresías de los gobiernos que hoy son los amos de los estados euroepos traten de impedir que ese pueblo venza, no lo lograrán. Ya están desenmascarados los hipócritas. El comentarista inglés llama farsa al Comité que organizan para cubrir el desembarco de mercenarios en España. Los voceros del pueblo español también han dicho que el Comité le hace el juego a los enemigos de España.

¿Qué resultará del juego de tanta miserable pasión? ¿Los aliados de los fascismos irán cada día, conforme las derrotas los hagan morder más el polvo de España, invadiendo con nuevos contingentes de mercenarios? Es posible que hagan los fascismos más descarada su intervención armada en España. Pero entonces sucederá lo que los voceros de España parecen decir que ha de suceder. Se desatará la guerra en Europa por muchos motivos. La preponderancia de los fascismos no es posible que la toleren aún los mismos gobiernos que ahora son enemigos de una España socialista o de izquierdas. No pueden tolerarlo porque los fascismos si llegaran a imponerse en España no descansarían allí. No se sentarían a rumiar la victoria por muy grande que resultara a la postre. Los fascismos se expanden. Lo de España es el comienzo. Luego buscarían otros estados para aniquilarlos. El propósito es extender el régimen. De suerte que la iniquidad cometida con España no pueden verla con indiferencia las naciones antifascistas. Lord Strabolgi afirma que el actual gobierno de Londres entre una España fascista y una España Socialista o Radical eligiría la España fascista. Pero la conveniencia de las clases gobernantes en esta hora de tragedia española no podrá seguir siendo la que predomine. ¿No han dicho ya los cables que el amo de Italia intenta ir a sus posesiones de África para levantar a los nativos de las colonias que allí tiene Inglaterra? Es un anuncio lo que podrá suceder mañana de realizarse el desastre de una España humillada por los fascismos.

Mas en Guadalajara está diciéndo el pueblo español que los fascismos no lo vencerán. No pueden vencerlo los fascismos. Hay visión del peligro en el pueblo español. Los mercenarios sólo obedecen órdenes del amo y no pelean por impulso noble. El pueblo español que los está aniquilando con grandeza sí tiene el impulso nobilísimo de salvarse. Y se salvará a pesar del salvajismo de la lucha. El arma que sujeta mano española es para ennoblecerla. El mercenario llevado a España cae despedazado y no deja huella de honor y lo que está afirmando Guadalajara ante las inmensas tribus italianas transportadas por la voluntad de un amo ensimismado, lo ha afirmado en todos los frentes de Madrid. Han buscado los fascismos el punto débil para hacer la brecha y caer sobre la capital de España con esa rabia que los caracteriza. Pero todos los frentes son inexpugnables. No pueden abrir la brecha soldados que nada están defendiendo. Allí los contiene y los aniquila la voluntad de ser libre puesta a prueba por un pueblo que ha sido azotado por las mayores iniquidades. No pueden hacer brecha a pesar de lo intenso del ataque. Preparan las más grandes ofensivas y todas quedan en el fracaso más espantoso. Primero los moros de Africa. Ahora los italianos a quienes el alemán de la tribu de los nazis apenas si considera un poquito más arriba que los moros. Y a todos combate con éxito el pueblo español. Después vendrán los ejércitos o columnas —como los llama hoy la jerigonza militar— de procedencia alemana. Vendrán nutridas a hacer lo que los moros e italianos no pudieron hacer. Pero es el mismo pueblo español para todos los mercenarios. Su coraje es grande y con él trata a quienes amparados por castas traidoras han podido volver cautiva una región considerable de España. De ese cautiverio saldrá España. Está saliendo del desgraciado cautiverio. Los cavernícolas hacen recuento periódico de lo que sojuzgan. Pero no dicen que han podido hacerlo por las mesnadas importadas de Africa, de Italia, de Alemania. No quieren decirlo a pesar de que la insolencia del fascismo italiano pregona que sus columnas cogieron el puerto de Málaga y cogerán Guadalajara.

Pura soberbia fascista, porque a Guadalajara no entrarán jamás. No entraron por el Jarama ni entrarán por punto alguno que sea defensa de Madrid. España está dando al mundo grandes lecciones. Los fascismos la han puesto en esta tarea fecundísima. Con España debe estar el que quiera que su pueblo defienda la voluntad de ser libre.



Criador de cuervos

Madera de *Laporte*.

Morir bajo la carga

Otras veces los he amonestado a que no den ocasión para que se les tilde de oposicionistas, es decir, de adversarios al gobierno por pasión y no por razón. Ahora los excito a que trabajen unidos por la tierra sin pensar en recompensas. Los chilenos aman a su Chile con verdadero culto; los brasileros aman del mismo modo a su Brasil, de manera que es imposible moralmente que un ciudadano de estas naciones salga a recorrer el mundo con el fin de deshonrar a su patria o funde periódicos para llevar a otras partes la calumnia o la maledicencia contra sus conciudadanos. Trabajen ustedes porque se ponga punto a la guerra en Colombia, a la guerra de balas que arrebata la vida, a la guerra de flechas entintadas que produce acaso resultados peores; y no importa que su lema resulte en la práctica equivalente al de aquél que dijo: "Hay que morir bajo la carga". Para el varón de deseos, como decían los antiguos esto de morir bajo la carga es un bien, porque el ángel de la muerte quita esa carga y la reemplaza el ángel de la vida con otra de bendiciones, que inician el descanso eterno entre los resplandores de la luz que no fenece.

(Marco Fidel Suárez, *Sueños de Luciano Pulgar.*)

Cuento español

Dio a luz un autor un libro tan malo que ninguno lo compraba; hizo segunda impresión y púsole por título: *Dichoso el que te entendiere;* y así lo buscaban codiciosos, porque el amor propio no quiere en ninguno confesar que ignora.

(Recopilado por el duque *Frías*)

Reseña de Historia Literaria de Costa Rica

Por NAPOLEON QUESADA y ROGELIO SOTELA

= Envío de los autores. San José, Costa Rica, enero de 1937 =

(y 3. Véanse las entregas 5 y 7 del tomo en curso)

Tratemos ahora de los cultivadores de la lírica. Son los más. En su frondosa producción no siempre se advierte genuino impulso del numen: frecuentemente la sutileza y el ingenio reemplazan la verdadera inspiración.

José María Alfaro (n. 1861) es el cantor sincero del catolicismo: así lo revela su *Epopeya de la Cruz*, de vasto plan y espontánea inspiración. Tiene trozos bellísimos por su ardiente fe y comunicativa unción. El verso es natural, correcto, sin vano efectismo. Tiene otra fuente de inspiración en el hogar al que rinde culto como hombre y como poeta. Obras suyas son: *Moldes viejos*, *Cantos de Amor*, etc.

Juan Diego Braun (1859-1885). Romántico por temperamento y por sus lecturas, escribió unas cuantas composiciones en versos musicales, reveladores de honda pasión amorosa o de dolores y melancolías que sintió intensamente en una vida estrecha de anhelos infinitos.

Justo A. Facio (1861-1931) fué poeta por inclinación espiritual y artista reflexivo de aristocrático gusto: tanto su prosa como su verso están cuidadosamente cincelados. Sus poesías de la juventud, menos trabajadas en la forma, parecen más inspiradas y vigorosas. Obras: *Mis versos*, *Temas de Educación*, *Lucha por la Cultura*, en que se revela como pujante polemista.

Misceláneas es el título de un libro formado con producciones en prosa y en verso de *Pío Víquez* (1850-1899) quien ejerció de preferencia el periodismo; quizá no hemos tenido escritor tan excelentemente dotado para esta labor. Conseguía dar realce y trascendencia al hecho diario, al parecer insignificante: sus filosofías recuerdan las del célebre Xenius. Figura entre nuestros mejores poetas por el alma hondamente impresionable, su amor a la belleza y el dominio de la expresión. Conversador notable: algunas de sus crónicas más deleitosas fueron primero improvisadas conversaciones que reprodujo con fidelidad en *El Heraldo*. Entre sus poesías se destacan *El Apache* y *La Torcaz*, tan conocida y recitada p nuestra sociedad romántica de otros días.

Luis R. Flores (n.1857) ha publicado un tomito de versos titulado *Pétalos sueltos*, nobles por las ideas, bellos por la conjunción de espíritu y forma. Rómulo Tovar le juzga así: "Su lira es de cordajes fuertes. Está hecha por los arrebatos épicos, para cantar las cosas solemnes".

Leyendo los versos de *Félix Mata Valle*, reunidos en un tomo titulado *Brisas del Irazú*, se comprende que sentía con profundidad y amaba lo bello con pasión de artista: pero en sus producciones hay visible esfuerzo: la forma le era rebelde y no consiguió señorearla para expresar fluidamente lo que surgía en su espíritu como digno de la estrofa.

Emilio Pacheco tenía obsesión versificadora: produjo mucho. No todo está en su libro *Idílicas*. De condición extraordinariamente romántica, soñó mucho: pero, a la verdad, sólo acertó a componer una que otra estrofa valedera como poesía: sus composiciones pecan de vulgares, lamentablemente declamatorias. No hay en ellas sentimiento sino sensiblería: no calor humano, sino pirotecnia retórica.

He aquí al poeta nacional por excelencia: *Aquileo J. Echeverría* (1866-1909), intérprete maravilloso de las costumbres de nuestros campesinos designados popularmente con el costarriqueñismo *conchos*. De aquí, el título de su libro: *Concherías*, escrito con pasmosa verdad y gracia inimitable. El autor hace hablar a sus personajes campesinos en su jerga característica: pero selecciona términos y combinaciones adecuadamente para que los diálogos, al par que verdaderos, adquieran prestigio artístico. Sus composiciones son dramatizables y en nuestras escuelas se interpretan en cuadros escénicos de indudable valor educativo.

Roberto Brenes Mesén (n. 1874), temperamento de artista, ha cultivado la literatura en casi todas sus formas. Su bibliografía es extensa: abarca poesía, gramática, ensayo, cuento, crítica, etc. En todo es original. Desde su primer libro *En el silencio*, dió una nota modernista.

José María Zeledón ha publicado dos libros: *Musa Nueva* y *Jardín para niños*; pero su labor literaria es más extensa, esparcida en publicaciones periódicas, obra de luchador de grandes ideales. Su credo socialista le insta a dirigir a las multitudes su palabra de sólida elocuencia en pro de las clases humildes. En sus versos hay una dualidad: unos corresponden a la prédica de su credo social; otros son sentidas poesías de hogar en que se escuchan los latidos de un noble corazón lleno de ternura paternal.

Está considerado *Napoleón Quesada S.* (n. 1873) como el primer filólogo del país: uno de los hombres de mayor cultura: profesor excelso, son meritísimas sus *Lecciones de Gramática*. Su prosa es correcta, de gratos períodos; trata de temas de educación, arte y crítica literaria. Tiene bellas poesías relativas a la tierra y a la historia patrias. En 1935 publicó *Del Firmamento*, serie preciosa de sonetos en que se hace referencia científica, en forma impecable a los fenómenos celestes. Sus delicados versos escolares y sus composiciones satíricas revelan una excepcional flexibilidad de ingenio.

En su vida sencilla, consagrada a humilde trabajo, *Daniel Ureña* fué ejemplo de lo que puede el impulso de distinguirse en las letras y dar con su cultivo lustre a un nombre. Se revela como poeta por el sentimiento y la fantasía. Hizo representar algunas piezas dramáticas: *María del Rosario*, *Los Huérfanos*, *Sombra y Luz*, etc.

Influído por Vicente Medina dió notas de poesía regional *Lisímaco Chavarría* (1878-1913). Uno de sus mejores libros es *Desde los Andes*, lleno de nuestras montañas y nuestro sol. Su poesía es transición del viejo romanticismo al modernismo. Hijo humilde del campo, vino a la ciudad a triunfar en unos Juegos Florales.

Pero el verdadero discípulo de Medina fué en Costa Rica Andrés Meza que con el seudónimo *Domitilo Abarca* publicó composiciones de hondo sentimiento, interpretando la vida triste y resignada, trágica a veces, de nuestros buenos aldeanos. Con qué honda ternura supo pintarnos las aflicciones del campesino, al parecer vulgar, pero que siente, ama y sufre quizá con más intensidad que el habitante urbano!

Como poetisa se distingue por sus composiciones de hogar doña *Auristela de Jiménez*. Su libro *Cantos* es de amable lectura.

Excelsior parece ser divisa de *Rogelio Sotela*: su cultura se acrecienta y su ya copiosa producción literaria aumenta y se magnifica en un trabajo de superación constante. Por la extensión y mérito de su labor no es aventurado concederle el primer puesto en nuestra poesía. La nobleza del pensamiento y del corazón y la sublimidad del ideal están hermosamente reflejados en sus versos. Ha escrito excelente prosa: la de *Apología del Dolor* es tan bella y sugestiva, que alcanza el más alto valor poético.

Militar y poeta, conjunción que no es rara en insignes varones españoles, fué *Eduardo Calsamiglia*. *Vindicta*, *Atavismo?* *¡El!* y otras piezas dramáticas patentizan su talento para penetrar en el espíritu de los personajes y copiar la realidad. *Versos y Cuentos*, *Las Siete Palabras*, *Bronces de antaño*, y algunas otras obras sustentan su buena fama de poeta, evocador de personas y cosas nobles, caballerescas, o distinguido y galante como un trovador de antaño.

Vida de heroico luchador fué la de *Rogelio Fernández Güell*, coronada por el martirio. Sus anhelos de justicia y el espectáculo de violencia y falsía que presenció, hicieron llamear en su pecho la ira y la indignación y movieron su pluma enérgica y conminatoria. Larga es la lista de sus obras. A la patria dedicó sus versos más vibrantes y robustos. De sorprendente vigor pictórico es la *Leyenda del Cíclope*.

Eladio Prado (n. 1880) tiene en su acervo literario una buena monografía, *Nuestra Señora de Ujarrás*; pero su más copiosa labor consiste en sus versos. Ha escrito muchos, principalmente sobre asuntos religiosos; es ardiente encomiador de la fe católica.

Por sus versos rebosantes de sentimiento, de ideal ternura, como en los sonetos *Cromo* y *Serenamente*, en que se muestra piadoso y estoico, *José Albertazzi* tiene en nuestra lírica uno de los primeros puestos. Ha publicado, además, prosa rítmica, eufónica, en que también resplandece su condición de poeta por las imágenes: narra y describe con maestría avasalladora. Libros: *Bajo el Azul*, *Por los recodos del Camino*.

A la par escribamos el nombre de su amigo *Raúl Salazar*: ya aparecieron unidos en el libro que publicaron muy jóvenes: *Fragmentos de alma*. Tuvo extrema facilidad para la producción literaria. En *Vórtice Sonoro*, hay bellas evocaciones de ciudades y países extranjeros vistos por la imaginación del poeta con sus opulencias, sus virtudes y vicios, aunque quizá la realidad no responda exactamente a las representaciones de la mente del poeta. Escribió dos comedias: *La mujer que tenía en la boca el corazón* y *El hombre que buscaba el verdadero amor*.

Rafael Cardona se reveló como artista en su *Poema de las Piedras Preciosas*. Es un cincelador primoroso con el material de la palabra. Ha escrito también prosa rica de ideas y de imágenes: en su libro, original y fuerte, *Sentido trágico del Quijote*, se revela como pensador que deriva hondas filosofías de los pasajes de la inmortal novela; pero a veces es una meditación la que le arrastra al recuerdo y consideración de algún trozo o aspecto del libro estupendo.

(Sigue en la página 153)

Poemas de Serafín Quiteño

= Envío de *Alfonso Rochac*. San Salvador. Febrero de 1937 =

Canción de la ternura universal

Viajera que llegas de tan lejos
—has iluminado el pueblo.
El sol es más alegre, por ti.
Las muchachas tienen los ojos grandes, por ti.
Los muchachos sueñan, quieren ser héroes.
Y tú, viajera, apenas si sabes lo que haces...

Mi corazón mengalo,
mi corazón sin rumbo y sin camisa
se ha llegado hasta ti con los ojos abiertos.
"Oiga, Señora, ¿quiere regalarme un pecado?"

Y tú, que guardas joyas pálidas en tus arcas
y eres la madre joven de los niños sin madre,
bajando tu sonrisa de tu bazar de gracia
me has dado el relicario dulce de lo inefable.

Tú has venido a enseñarnos ¡oh mujer grande y fuerte!
cuánto amor cabe dentro de las almas fraternas
y cómo es el encanto de las aves de paso
y cuál es el misterio de lo que no regresa.

Tú suave, tú frágil, tú sencilla,
fugaz como la brisa pero como ella eterna,
tienes la consistencia de los anhelos hondos,
y la obediente gracia de las nubes en vuelo.

Una dicha pequeña has traído a mi aldea
y al mirarla en silencio tan humilde y tan parva,
se me ha dado que cabe luminosa y entera
dentro de un camanance de la cara del alba.

Pero hoy te vas y aquella dicha sincera y mínima
que cabía en el hueco de un ala o de una mano
deja en las almas tuyas un vacío tan grande
que Dios, con ser Dios mismo, no podría llenarlo.

Así es la dicha, mientras descansa a nuestro lado,
—sencilla, dócil, no hace ruido ni habla,
baja los ojos dulces cuando la vemos
pero en cuanto se ha ido... ¡ya no hay nada en la casa...!

———

Oyeme, confidente: cuando en tus manos tiernas
como un pájaro enfermo te dejé mi tristeza,
aún no sabía el llanto de su ternura trémula
ni comprendía todo lo que puede la ausencia.

Pero hoy, solo, sin nombre, sobre la tierra dura
mi sed se alarga y fuga como dos rieles fríos.
Tiembla y llora la noche en sombra unánime
y yo estoy en la noche como un niño perdido.

No volverás... no volverás... ya me lo dijo
aquella ventanilla que se llevó tus ojos.
Yo ví en ellos el viaje... la distancia... la muerte...
lo que se va... lo que se queda... pero que no regresa...

¿Qué tienes, tú, de qué rincón del tiempo
emergió el aura clara de tu voz, de qué vida
surges ¡oh misteriosa bandolera celeste?
¿Qué pájaros perdidos vertieron en tu pena
esa resignación y ese gesto magnánimo,
lo que tienes de noble sacrificio,
lo que está más allá de las palabras
en sílabas de niños y en emociones párvulas?

Tus manos me enseñaron la suavidad, tus ojos
me enseñaron la noche rebosando de estrellas
y en tu corazón desbordado e inmenso
todo el dolor humano me pareció pequeño.

(Mi canción en tus ojos era una lágrima sin nombre,
—en tu ternura universal, brizna de amor).

Ya no soy solamente la flecha en el espacio
sino la fuerza misma de la flecha en lo eterno.
Ya no soy sólo el pájaro en ademán de vuelo,
sino el vuelo, el espacio, la unidad de mí mismo.

Tu nombre ágil, tendido, musical e inocente
—un vuelo de oropéndolas bajo la tarde quieta,
un collar tembloroso y apretado de lágrimas—
va despertando en gritos mi preclaro silencio.

Y estoy solo, desnudo bajo el dolor, temblando
como si de mis carnes emergiera una lumbre
desconocida, como si todos mis anhelos
hubiesen despertado más allá de la muerte.

Ya puedo hundirme en todas las simas de la angustia
—las más desoladoras y más negras y bajas—
y siempre, ¡oh maravilla casta de tu sonrisa!
volveré en un recuerdo de alas quietas y cándidas.

La noche está preñada de misterio, en su fondo
ya ensayo el Universo de una locura ilímite
y tú estás como el alba dentro de esa locura:
impasible, perfecta, silenciosa y desnuda.

ESTATUA VIVA DE BARRO

(Canción de mayo)

I

Mujer de Cuscatlán, hecha de barro crudo,
modelada con mano bárbara y presurosa,
recuerdas en la gracia de tu brazo desnudo
el asa primitiva de un ánfora de loza.

Frutal, rural, ingenua, tu muslo es el renuevo
de un platanero ardiente sembrado en tierra oscura.
¡Qué regional tu aroma de cantarito nuevo!
¡Qué ariscos tus andares de elástica premura!

Mujer hecha de arcilla que por mi sueño pasas
feliz como las pascuas en la mañana hermosa.
Bien haya que tu rostro dá al mismo sol de brasa
que dora las mejillas de la manzana-rosa.

Los ojos negros, negros, de aceituna madura,
te alumbran la inocente sonrisa de cuajada
y esconden, mudos, algo de la barranca oscura
y expresan lo que expresan las noches estrelladas.

Eva de alfarería, cintura de tinaja,
alma de cordoniz y corazón de niño,
dime: ¿qué mago te hizo las pestañas de paja
y asustadizo el gesto y escondido el cariño?

Tú, mujer, que rezumas de la carne morena
jugo sabroso y prieto del sacrosanto suelo,
me caes en el gusto como tarde serena
y me untas las heridas con mieles de chumelo.

Sencilla, sin afeites, como viniste al mundo,
sin más don que tu gracia de flor en el camino,
parece que auspiciaras el surtidor jocundo
de un coro de zenzotles bajo el azul divino.

Sombrosa como rancho tirado en la llanura,
tranquila como el sueño de una feliz conciencia,
tienes mucho, en el habla, de lejana tristura
y algo, en el entrecejo, de asombrada inocencia.

Fuerte en el sacrificio, simple y fiel en la entrega,
por ser casta y sencilla tu desnudez es plena,
tienes el pubis liso de las estatuas griegas
y la bondad gozosa de la granada llena.

Así, por tu profunda sensualidad de ruda,
por tu morosa y noble virtud de fruto en rama,
José Mejía Vides te imaginó desnuda
y Serafín Quiteño te amó sobre la grama.

II

Hoy amanece el día más tarde. Las colinas
se han empapado en llanto. Mayo es triste y sentido...
Se alza con despaciosa languidez femenina
y es que el flujo del mundo le anda suelto y urgido....

Ya el alba-niña llora su aljófar de sereno,
sabe la vida a soplo de amor convaleciente,
y es que el ardor del sueño maternalicio y bueno
se alivia con la sangre que auspicia la simiente.

Y tú también—¡oh arcilla de alborozante gleba!—
muestras el aura pálida como la flor de izote.
Se te ha colmado el pecho de olor a cosa nueva
y estás como esperando que te amanezca un brote.

Y es que eres tú la tierra, tú misma, sin negarla,
más bien aprisionándola como tesoro intacto.
Por ser tan fiel podría bastar para guardarla
con uno de tus senos magníficos y exactos.

Así te quiero, mía como el terruño ardiente
que se nos da en la copa del carao florido...
Te quiero en la dulzura del sol desfalleciente
y en el camino largo y en la mañana riente
y hasta en el dejo amargo de lo que tú has perdido....

III

Salud por tu fragante salud y por tus modos
que evocan, de inocentes, la calma de los llanos,
el jugo de las uvas logradas por acodos
y el agua de los ríos tomada entre las manos.

Mucho antes,—en las brechas por donde amor se enreda—
luché, caí, la vida me ardió como un ajuate ....
Más tú me diste dulce ternura de vereda
y el fresco de tu inmensa maternidad de amate

En ti cayó el ensueño desperezando arruyos
como el florido gajo sobre el tapial bajero.
Fué tuyo en el silencio que atisban los pocuyos
y tuyo en la delicia del viento madruguero.

Llovida como el cielo celeste de la aldea,
feraz como las ubres que dan leche temprana,
me sabes al instante fugaz de cuando orea
los trapos y las almas el sol de la mañana.

Tu cabellera suelta me aroma la tristeza;
cubre tu amor, de frutos, la cruz de mi locura
y enseña que en tu forma no es griega la belleza
sino morena, basta, despreocupada y pura.

Venus de sol, estatua modelada en la playa
con el mar a la espalda, simple y decorativa.
La boca, retocada por la añoranza maya.
Las curvas, de rotunda naturaleza viva.

Mayo resurge, pródigo, de tu candor pagano
como las milpas tiernas, del surco estremecido...
Y el viento, un viento lerdo, romántico y lejano
sacude en tu alegría las frondas y los nidos.

Hoy nos iremos ebrios por los caminos, locos
por la espesura próvida que se alboroza y canta.
¿No sientes? Todo el cielo se hiende como un coco.
La sed del sacro suelo nos grita en la garganta.

Subamos hoy, subamos, la tierra negra sube
mecida en su frescura de vahos campesinos.
¡La vida abre las alas! ¡El gozo hincha la nube!
Y en cada rama brotan las yemas y los trinos.

Iremos ebrios, locos, violentos, desatados,
que somos dos terrones profundos y mojados!

Canción de la leche materna

Para *Graciela Bográn*, a través de mi madre.—*S. Q.*

Leche, celeste sangre, filtro de astral dulzura,
llanto el más amoroso de la carne dolida,
imagen la más bella de la humana ternura.

Blanca, tibia, de arrullos encendida,
surges radiante del barro oscuro,
y en la vendimia casta de la vida
eres un licor dulce, intenso y puro.

Antes que de la entraña maternal y sencilla
brotaste al mundo en vago temblor de maravilla:
tácita estabas en sus ojos tiernos
abiertos a la noche con estrellas;
tácita en la inocencia de las manos doncellas,
alargadas y pálidas de anticipos maternos.

Sus pechos en agraz te presentían,
y eras como un lamento sin fortuna
cuando su amor te hacía con juegos de muñecas
bajo la luz de plata de la luna.

Río sin cauce fuiste
en el amanecer de sus asombros...
y ya te adivinabas en sus núbiles hombros
como una cruz ennoblecida y triste.

Grito que sorprendió su adolescencia,
lagar sangriento del abismo impuro,
antes que en tibio néctar de inocencia
surgiste en vino de caudal oscuro....

Después—¡oh hirviente dócil en el interno fuego!—
caíste en mieles rubias de su íntimo tesoro:
de sus palabras, fáciles al ruego,
de sus pupilas, fáciles al lloro...

....

Y ella no lo sabía...
pero desde una margen de ternura
en que Amor, Vida y Muerte se unen en alba pura
tú ya la consagrabas Madre mía...

Por ti—anticipo de lo que hoy existe—
su alma desfallecía como un orto abrileño:
¡Era como las tardes de mi sueño,
un poco maternal y un poco triste!

En lirios de eficacia
y en rondeles de niños sin nombre y sin fortuna
fulgían los altares de su gracia.
En su dolor, un signo de dulce aristocracia
y en su cuerpo, el balance de la cuna!

Savia que de la tierra ennegrecida
subía en ritmo tardo, silencioso y sereno.
¡Oh tú, el sentido lácteo de la vida!
¡Oh tú, la primavera conmovida
floreciendo en las flores de sus senos!

Para ti mi canción,
para ti las palabras domésticas y puras
que fluye mi sencillo corazón:
porque tú, llanto azul, astral dulzura,
savia que santifica, lábaro de perdón,
fuiste la anunciación de mi ternura
y de su ángel caído noble resurrección.

Leche de sus entrañas doloridas,
lumbre de la tiniebla, resurrecta,
hoy vas en mis canciones encendidas
y te expresas en ellas con palabra perfecta.

Por eso es que en mis labios,—¡oh secreto divino!—
cabe como en un sueño todo el amor del mundo:
—la palabra que exalta como un vino,
la alegría de paso peregrino,
la fe contra los vientos iracundos.

Concluye en la página 158)

Otros poemas de Quiteño

= Envío de *Alfonso Rochac*. San Salvador. Febrero de 1937 =

Mensaje del corazón con s.

Por mi angustia y mi sed va tu presencia
de una luz irreal enardecida
y eres en los confines de la ausencia
como un puerto a las puertas de la vida.

Y nada te robaron los caminos
porque a través de insólita aventura
me han seguido tus dos ojos divinos
como dos madrigales de ternura.

Por la desolación en que me pierdo
la adversidad marcó fúnebres trazos
y he pasado arrullando tu recuerdo
como un niño dormido entre los brazos.

¿Lo ves? Mi pobre corasón de antaño
sabe expresarse en el romance viejo
y en los misterios de su fondo huraño
guarda un lento sabor de vino añejo.

Conjuga verbos plácidos.... no sabe
más que cosas inútiles y bellas,
—irse en el vuelo manso de las aves...—
ver cómo van naciendo las estrellas....

derrochar en un lírico derroche
frases como rosarios de luceros
y caer de sus ímpetus sinceros
como un tiesto con flores en la noche;

hablar con voz de sencillez labriega:
"para siempre"... "ya nunca" ... "toda (mía"...
¿Qué es el pobre sino un niño que juega
en el jardín de la melancolía?

Y es que el amor de ayer y de mañana
y el de hoy se arropan con la misma veste
y están como la sed y la fontana
bajo la misma lámpara celeste.

Amor de grandes ojos inocentes,
de crenchas rubias y palabras tiernas,
irreal, como las cosas transparentes,
excelso en sus girándulas eternas.

Amor que va descalzo y sin abrigo
y se da sin reservas, gota a gota,
con una gran ternura de mendigo
y un místico abandono de ala rota.

———

He descendido hasta la sima oscura
de los oscuros filtros femeninos
donde acecha, temblando, la pavura
y equivocan su rumbo los destinos.

Sé de estarme en secreto, arrodillado
bajo los ojos del remordimiento
y sentir el amor crucificado
y el pensamiento instable, como el viento.

Pero de todo mal, como la gracia
de las antiguas vírgenes cristianas
me ha salvado la pálida eficacia
de tus manos angélicas y hermanas.

Y porque estás en mí como una estrella
y en lo lejano resplendeces y ardes
y vive aún la devoción aquella
de llevarte jazmines por las tardes;

por la vieja ilusión desfallecida
y aquel fervor abierto como un ruego
y aquel buscarse con los ojos ciegos
por la noche sin rumbo de la vida;

por las pupilas húmedas de Grisko
—nuestro perrito cariñoso y bueno—
y aquel asombro tuyo, ¡tan arisco!
y aquel perfil de Diosa ¡tan sereno!....

Por todo eso, alma mía, ¡por todo eso!
por tu dulce costumbre de estar triste;
por tu amor silencioso y por el beso
que me pudiste dar y no me diste.....

...
desde un ángulo amargo del olvido
en que un negro pavor la sombra acrece,
te envío esta canción como un latido
de mi sencillo corasón con s.

Elogio de la mujer terrestre

Hermana mía, amiga, gracias sean
dadas a la bondad en que me amparas.
Gracias a tu calor de enredadera
y a tu maravilloso "don de lágrimas".

Por tus manos de hospicio,
por la luz de tus ojos provincianos,
gracias amiga mía, hermana mía,
jugo lácteo del fruto más dorado.

Gracias por ser como eres.
Gracias por encontrarte a mi medida:
la única entre todas las mujeres,
clara en la plenitud del mediodía.

Sólo faltando tu presencia diáfana,
sólo estando en el más amargo exilio,
mi dicha en tu dulzura abandonada
sabrá la inmensidad que has contenido...

2

Cálida, familiar y soledosa,
pródiga en tu virtud de árbol de sombra,
sugieres el encanto de esos patios
florecidos de mirtos y de rosas.

Hogar ¡el de tus ojos!
más hechos al amor cuanto más viejos,
más inefables cuanto más humildes,
más misteriosos cuanto más domésticos...
En sus aguas el agua de los besos
cae como las tardes de los pueblos...

3

Vagabundo sin patria,
tocado del dolor de un viento amargo,
llegué a tu reino de jacintos claros
apartando la angustia con los brazos.
Y desde entonces mi fervor se aroma
con tu serenidad de flor de iglesia.
Yacen mis tempestades amarradas
a tu celeste corazón de aldea.

¡Oh mujer femenina hasta los huesos,
tú me has dado el sentido de la tierra!

4

Dentro del panorama
—cielo azul en los cerros y en las almas—
eres un collar suelto de palomas
bajo la ingenuidad de la mañana.

Fluye a tus pies la vida
fácil como los ríos de aguas mansas,
lenta como las noches con estrellas,
dulce como la dicha sin palabras.

El amor te nació como esas yerbas
que crecen en los techos de las casas...

5

Mujer: más que el abismo y el misterio,
más que la tentación del paraíso,
eres la tierra maternal y humilde
en un gesto de don y sacrificio.

Tierra de los caminos en tus muslos,
síntesis de los frutos en tus senos
y eco de las mareas del océano
en las hondas mareas de tu cuerpo...

¡Gajo de las florestas del terruño,
ya te doran los vientos de febrero!

6

Hoy estás más lejana...
No sé por qué te siento ahora más triste.
¿Es acaso que sientes la dulzura
del peso de las uvas en las vides?

Manuel Gálvez, el novelador de la vida argentina

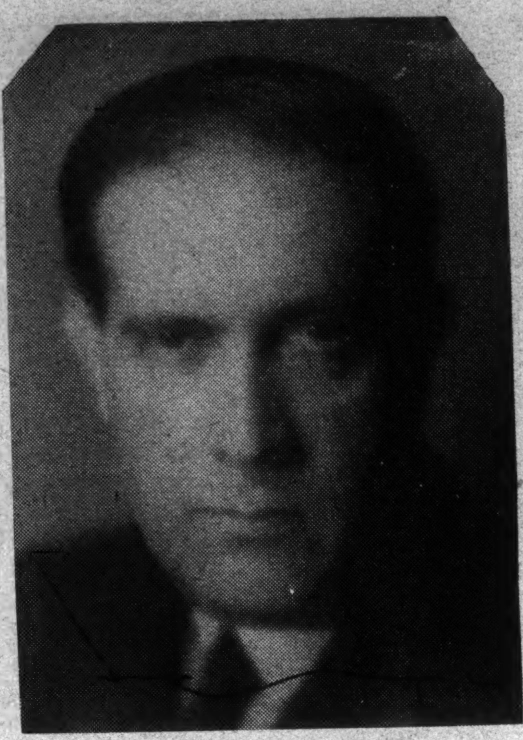
Por ARTURO MEJIA NIETO

=*Envío del autor*. Buenos Aires, Argentina, febrero de 1937 =

Ignoro si *Repertorio Americano* se ocupó alguna vez de Gálvez. Así llamamos aquí, en los círculos literarios, al notable novelista argentino. Gálvez a secas. Y no hay otro animador de los jóvenes dentro del gremio que sea su igual. Dentro de cincuenta años —pienso yo— no se podrá recorrer la historia social de la patria argentina de nuestro tiempo —¿qué digo de nuestro tiempo?— desde los últimos estertores del romanticismo hasta nuestros días—sin recurrir a las novelas del doctor Manuel Gálvez, argentino por los cuatro costados, abogado de profesión, por vocación escritor hasta los tuétanos.

En muchos aspectos, Manuel Gálvez es único en la Argentina. La vocación de escritor pocas veces se define tan palpablemente como en el caso de este hombre que acaba de pasar el medio siglo y que toda su producción actual acusa su llegada al pleno poder y dominio de sus recursos y dones de expresión como documentador en tono de ficción de la vida argentina. Y no sólo es la vocación, no la vocación malograda de tanto escritor americano, sino la voluntad y el método para ser lo que es. ¿Verdad que tengo razón cuando afirmo que en muchos aspectos es único en la Argentina? Y desde luego en América latina. ¿Hay escritores en América? ¿Escritores de verdad? Porque lo que se advierte entre nosotros es balbuceo. La vida entre nosotros — hablemos con el corazón en la mano — no se afirma, no se decide a ser esto o lo otro. A decir verdad en América no hay nada. América, la América latina, no se decide a ser nada, absolutamente nada. Este, si algo es, es el continente de los monos. Imita todo lo que se hace en Europa y al final de cuentas no se conforma con nada. ¿Hay escritores en América? ¿O mejor, existe la profesión de escritor en América como existe en Europa? ¿No será que en esto como en todo la vanidad y el exhibicionismo está por medio? Sentir la carrera bellísima de las letras y tener la voluntad de ser en la vida eso y nada más: escritor. Hay que sacrificar la vida por el arte —como decía Beethoven— o el arte por la vida. Pero las dos cosas juntas no son posibles. El gran defecto de América estriba en que aquí somos todo y al final de cuentas no somos nada. El médico o el abogado —hemos dicho precisamente en estas columnas en un ensayo que intitulamos "psicología del hombre americano"— quiere ser político, hombre entendido en finanzas y en cosmografía, en esgrima y en pintura, escribe versos y habla de agricultura, hace periodismo y lanza su candidatura de diputado, luego, en tiempos de montonera, va a la guerra y conquista su grado de general. ¿Qué no ha hecho este hombre? Y cuando muere no ha hecho nada. Por eso se le olvida pronto. Eso es Amárica latina, tierra en que el hombre es todo y es nada.

Manuel Gálvez, en las letras argentinas, representa una vocación definida y una voluntad al servicio de aquélla. Sus primeros libros fueron de versos, pero los dones de este escritor: imaginación, instinto creador, observación, presión interna y paciencia para la obra orgánica de gran aliento, etc., le exigieron géneros literarios de mayor soltura en que se moviese con mayor libertad. Ensayó entonces la novela y allí, el escritor, llegó a ser igual a sí mismo. Desde su primera novela hasta la última que está para aparecer en estos días, Gálvez ha sido un novelista en todo el sentido de la palabra. Todo el problema social y hasta económico, muchas de las facetas psicológicas de los pueblos del Río de la Plata, están recogidas en la obra voluminosa de Gálvez. Su labor, en el medio argentino, es importantísima. Se le ataca a veces, se le discute, pero hasta sus enemigos que rezongan por motivos de peleas de familia reconocen la faena que ha llevado a cabo este hombre, aún joven y más enamorado de su oficio que nunca. Pero Gálvez es algo más que un fuerte novelista. Es un animador de la profesión del escritor. El gremio cuenta con él. Desea como el que más crear una conciencia gremial entre los escritores. Lucha para conseguirlo. Ama su oficio y ama a los colegas, cosa rara entre los de su generación, preocupados en su propia obra y sin importarles un bledo la obra de los jóvenes.



Manuel Gálvez

Hay un tercer mérito en Manuel Gálvez. Hemos destacado su gran obra de novelista, su espíritu de animador y ahora queremos hablar de su afán por aclarar en copiosos artículos y ensayos, lo que pudiéramos decir la higiene en la técnica del escritor. A la vez que se interesa por los mil problemas sociales y psicológicos del pueblo argentino, habla y escribe sobre los problemas técnicos del escritor. En este, como en los otros aspectos, Gálvez es un verdadero maestro. Continuamente preconiza la claridad en la narración, la sobriedad, la humanidad, la sencillez, la fuerza humana, la caracterización y sobre todo —ah, sobre todo— la necesidad de que "sólo es gran escritor aquel que se preocupa por los sentimientos humanos antes que por el sonido de las palabras" y que el escritor debe ir al pueblo, a la gran mayoría, si es que tiene idea de su misión profesional.

Hace unos días hemos tenido el honor de que nuestro ilustre amigo nos leyera en la intimidad de su hogar, unos fragmentos de su última novela inédita *Hombres en Soledad*. ¿Cuál es el país de los hombres en soledad?, se preguntarán algunos. Bueno es que hagamos un poco de historia para los de afuera. Ese país es Buenos Aires.

Buenos Aires, ciudad de más de tres millones de habitantes, es la tierra de la soledad. Keyserling dijo que el argentino era triste. No, no es triste. Una gran urbe vigorosa, dinámica, bulliciosa, pletórica de vida no es, no puede ser triste. Lo que sucede es que más de alguno se siente solo aquí, solo por la terrible soledad de encontrarse entre muchos...

Este es, pues, el tema de la última novela de Manuel Gálvez. Hay un personaje en esta novela (creo que es escritor) y declara a su padre:

—Debo irme lejos de Buenos Aires; no soporto más esta soledad. (No son, desde luego éstas las palabras textuales, pero algo recuerdan el concepto.) El anciano, con agudeza insospechada, replícale:

—¿Soledad? Lo que hay en Buenos Aires es soledad física o social. Pero la soledad no existe cuando se cree en Dios, cuando se busca a Dios, la soledad creadora, etc., esa no existe en Buenos Aires como tampoco existe en parte alguna.

El hijo se queda aterrorizado de sorpresa. Este ha creído siempre en la crasa ineptitud mental del progenitor, y he aquí que de pronto escucha observación tan intranquilizadora y penetrante. ¿Cómo es posible—piensa—que mi padre esgrima semejante chispazo de luz?

¿Solo? ¿Quién está solo en este mundo? Solo está—responderemos por nuestra cuenta y riesgo—el que no está consigo mismo. ¿Es que los porteños no están cada uno

(Concluye en la página 154)

Nuevos valores en la lírica centroamericana: Serafín Quiteño

Por SALVADOR CAÑAS

= *Envío del autor*. San Salvador, enero de 1937 =

Para hablar del poeta, antes se hará en el espíritu religioso silencio. El poeta refleja el infinito. Es la belleza trasmutada en canto; la verdad en ofrenda mirífica. Las cosas fulgen cuando él las sueña. Universaliza al sentirse expresión del misterio. Prolongación de la eternidad le llaman los grandes intuitivos. ¿Acaso Jesús no fué un poeta? Su misma prestancia divina era trasunto de los cielos. Su palabra entrañaba designios inmutables. La bondad en el conocimiento humano fué imperecedera derramándose balsámica. Beethoven, Miguel Angel, Tolstoi, fueron poetas. Imaginaron mundos resplandecientes. Lo fué Pitágoras al escuchar la música inconsútil de las esferas.

De la nueva generación intelectual centroamericana, Serafín Quiteño es un valor genuino. Milagro celeste el nacimiento de un poeta en El Salvador. Proverbial nuestro pragmatismo dogmático. Las gentes de esta tierra no son contemplativas. La posición geográfica, la falta de cultura estética, la carencia de una filosofía conformadora de actitudes espirituales, constituyen las causas de esa dureza para las cosas del arte. Caso extraordinario Salarrué soñador. Desde luego, no negamos la eficacia de los hombres actuantes. Héroes son en el bregar cotidiano. Dominan circunstancias sañudas. Aquí brotó el pensador recio: Alberto Masferrer. Y un renuevo pujante: Camilo Campos. El ritmo de los tiempos actuales es audible para los salvadoreños. Conviértenlo en actos volitivos.

El sondaje en la psicología de los hombres encallecidos, suscita la admiración por el poeta romántico. En muchos de los versos de Serafín, y por esto lo sentimos a veces monocorde, encontramos la nota del amor en todas sus matizaciones fúlgidas. Es una etapa de su evolución poética. Hoy individualiza el amor. Mañana lo hará universal. Sus años mozos se encienden de sortilegio. No sé si es un bien que el poeta haga creer todavía en virtudes ahora mixtificadas o anuladas definitivamente. Se nos juzgará pesimistas, o peor aún, materialistas, al emitir este juicio. Sin embargo, nos enorgullecemos de conservar, como diamante rútilo de espiritualidad, el respeto por el ensueño. Estamos libres de los conceptos sentimentales de las cosas. Pero podemos interesarnos por el poeta en su esencia pura, al concederle trascendencia humana. Serafín nos parece un niño estremecido de misticismo cantándole al amor. La mujer es para él deslumbrante hechizo. Nosotros le quisiéramos menos romántico.

No se le puede clasificar en ninguna escuela, ni por la factura de sus versos, ni por su actitud de poeta al sentir y expresar la belleza. Mejor, así no se limita. Su emoción fluye libérrima. Bien intencionadamente le aconsejaríamos penetrar, lavado de todo prejuicio retoricista, al campo de la poesía de hoy. Los versos de Serafín carecen de esa inquietante modernidad sugestiva. Sin despersonalizarse, debe conocer todas aquellas corrientes poéticas que lo actualicen. Sospechará de las modas versátiles. De los falsos corifeos. Se desorientaría entonces lamentablemente. Nuestro mismo fervor admirativo nos induce a ser sinceros con él. Debe profundizar otras modalidades. Su poesía necesita remozarse con nuevos ritmos.

A propósito, reproducimos dos interesantes párrafos de una obra del peruano Luis Alberto Sánchez, los cuales, si no se refieren preferentemente a la poesía, sí encierran conceptos acerca de una nueva literatura y de la responsabilidad cultural del moderno hombre de letras. Estos son los párrafos:

"Hay quienes dicen, por ejemplo, que no se progresa porque no se estudia ya latín, y comparan al intelectual del siglo XVIII con el del siglo XX, bien sea en Chile, bien en el Perú, o en cualquier parte. Grave error. Los intelectuales del siglo XVIII podían dedicarse al latín—y yo no soy enemigo de este aprendizaje que tanto sirve como disciplina y como introducción al estudio de las lenguas vivas—porque no tenían el imperativo de saber muchas cosas que un intelectual de hoy no debe ignorar. Un escritor de la época de Cervantes sabía cómo actuaban los nobles, los venteros, los cagatintas, los Sangredos, las duquesas, etc. Un escritor de ahora necesita además, tener nociones siquiera elementales de nuevas ciencias, cuyo estudio estorba la plena dedicación al latín: la Geografía es más complicada, la Historia ha crecido en riqueza y complejidad, la ciencia ha descubierto rutas con la electricidad; la máquina a vapor, el petróleo, la radio; ha nacido la Economía Política; es casi indispensable algo de contabilidad para administrarse; se hace apremiante la necesidad de saber Inglés y Alemán, además de los clásicos idiomas románticos; ha nacido la Sociología, con Augusto Comte; han ocurrido dos revoluciones formidables, que igualan o



Serafín Quiteño

Retrato a lápiz de Serafín Quiteño

= Envío de *Elea*. Costa Rica y febrero del 37 =

El ojo redondo y asombrado,
ancha la frente de comprensión,
sonrisa de labio amargado
y en el labio la canción.

El alma francamente abierta
hacia el jardín de la belleza,
de par en par como una puerta,
rincón de alegre tristeza.

Serafín de un cielo brumoso
en tornasol de bien y mal
y un dulce amor saudoso
por la virgen de Taxumal...

Príncipe desheredado
de un reino de islas doradas,
espantas tu dolor encabritado
con sonoras carcajadas.

Llegará tu día hermoso,
tu día hermoso llegará,
predestinado fabuloso,
rico de amor y de verdad.

Salarrué

sobrepasan a la Reforma y a la de Cronwell—la francesa y la rusa—; ha aparecido un nuevo concepto político: desde la democracia hasta el socialismo científico, el fascismo, su antítesis, y otras teorías que adaptan y sintetizan aquella oposición; en fin, el hombre del siglo XX tiene muchas nuevas preocupaciones que lo diferencian radicalmente de la cultura del siglo XVIII, de suerte que es absurdo pedir a aquéllos la misma cultura y los mismos procedimientos que un hombre que no ha sufrido tan radicales transformaciones en sus horizontes y en sí mismo".

"La literatura nueva es el balbuceo de la cultura de un hombre desquiciado, que busca su derrotero "a tientas y gimiendo", según la expresión de Pascal. Hay que estudiar y tratar de entenderla, inclusive en sus disparates. Precisa afrontar un problema que existe ya, sin recurrir al inútil y cobarde medio de solucionarlo quitándolo de nuestra vista: sistema del avestruz que, cuando arrecia la tempestad, la suprime... ocultando la cabeza para no verla. Y esa es la actitud de los críticos y preceptistas que suprimen la literatura nueva, calificándola de "disparate". El disparate subsiste. El crítico es derrotado. Luego, hay que encarar el disparate y tratar de ver qué trae dentro, a qué corresponde, por qué surge...".

Sin ser genuinamente un poeta vernáculo, Serafín canta la belleza de nuestro paisaje; se embriaga con el perfume de la floresta; se enardece con el color de las frutas tropicales; las formas turgentes y morenas de las mujeres del campo, le sugieren la fuerza de una raza mejor. Es un poeta casi regional, no por el uso del vocablo de la tierruca, ni por el empleo de imágenes y metáforas con sabor autóctono, sino por la percepción sutil de nuestras cosas. Alfredo Espino es más nuestro. Serafín posee esta ventaja: universaliza su arte. Tanto la novela como la poesía americana, a veces adolecen de hibridez y sequedad emotivas. Admiramos a Federico García Lorca, recientemente fusilado en la guerra civil española, porque al cantar los amores, las tristezas y anhelos de su pueblo, sintió el imperativo de darse a él expresando imponderablemente el sentido cósmico de la poesía. Así la belleza de sus romances nos estremece a todos. Prueba de ello es su "Romancero Gitano". De golpe, García Lorca se colocó en la vanguardia de los poetas de España y de América. García Lorca fué "el poeta de boleros y refranes, de tonadillas y relatos; funde su enorme emoción de poeta popular en la forma magnífica, sorprendente y suntuosa de sus incomparables romances. Desde su ya famosísima "Casada Infiel", hasta el romance "Los peregrinos", la obra de García Lorca aparece rezumando savia popular, enjundia flamenca, ajustándose a la más bella y encendida de las formas poéticas".

"Canción de la Leche Materna" revela a Serafín como poeta de aliento. Expresa el símbolo de la leche en versos de cristalina fluidez. "Filtro de astral dulzura", la llama. La leche es sangre nutricia. La mujer se eleva al dar vida a nuevos seres. Es el misterio de la fecundidad. Tuvimos la fortuna de estar cerca del admirado amigo, cuando escribió este poema. Temporábamos en el mar. Veíamos al poeta ensimismado, taciturno. Gestábase la belleza con dolor. Una mañana, jubiloso nos dijo haber terminado el poema. Nos lo leyó conmovido. Basten estos versos:

Leche, celeste sangre, filtro de astral
(dulzura,
llanto el más amoroso de la carne dolida,
imagen la más bella de la humana
(ternura...

Blanca, tibia, de arrullos encendida,
surge radiante desde el barro oscuro
y en la vendimia casta de la vida
eres un licor dulce, intenso y puro.

Antes que de la entraña maternal y sencilla
brotaste al mundo en vago temblor de
(maravilla:
tácita estabas en sus ojos tiernos
abiertos a la noche con estrellas...
Tácita en la inocencia de sus manos
(doncellas,
alargadas y pálidas de anticipos maternos:

Sus pechos en agraz te presentían
y eras como un lamento sin fortuna
cuando su amor te hacía con juegos de
(muñecas
bajo la luz de plata de la luna.

2

Serafín Quiteño es también un escritor destacado. Posee una prosa rítmica, rutilante. El mismo caso de Rubén Darío y de Amado Nervo: escribe bellos versos como prosa magnífica. Existe un peligro: ahora hace periodismo. Es el Director de *Diario de Occidente*, de Santa Ana. Su talento está al servicio de intereses ideológicos. Es una gimnasia intelectual necesaria a sus aptitudes de hombre de letras. Pronta captación de hechos, sensibilidad múltiple, exactitud y agudeza en los criterios, todo esto le aprovecha grandemente. Pero de permanecer en las redacciones se ahogará el poeta. Un amigo nuestro (empleado en uno de los diarios de la capital), nos decía con acento entristecido: "cada día me esfuerzo por no sentir ni pensar en gacetilla". Poetas como Serafín deben liberarse a tiempo. Ya hemos lamentado la pérdida de auténticos temperamentos triturados por el engranaje de un periodismo rutinario. No olvidará el consejo de Juan Ramón Uriarte a los jóvenes :"conviene hacer algunas incursiones pediodísticas, procurando mantener inalterable la personalidad poética y literaria".

De los atributos del escritor, su ironía frente a lo consagrado y mayestático, es de fina calidad. Más de una vez hemos expresado estos conceptos: Serafín se ríe de todo y de todos. Ha vivido muchas vidas a pesar de su primevera. A esto se debe su actitud optimista e irónica ante las cosas y los hombres. Los grandes ironistas son grandes desengañados. El conocimiento de instituciones, leyes, seres y fenómenos, les da una sapiencia que no ofrecen los libros. Para que Alberto Masferrer escribiera el artículo en que habló de la venida de Mister Hoover a nuestras playas, fué preciso el sedimento de dolor que le atormentaba. Un Anatole France se reía con un amargor que implica sabiduría. Bernard Shaw se mofa de sí mismo y de los demás, porque no cree en nada ni en nadie. Eca de Queiroz tuvo el don de la ironía aguda. Corrosivo Giovanni Papini. Mordiente Aldous Huxley en el análisis de futuras organizaciones sociales. Charlie Chaplin universaliza genialmente el tipo del hombre títere en esta epilepsia moderna.

El negro Lagos y Lagos era de una ironía hecha de dolor. Sus artículos humorísticos, y más sus anécdotas, revelan al hombre descreído. Para él la vida era cascabel siempre sonante. La muerte un incidente cualquiera. Los hombres unos fantoches ridículos. Las mujeres, juguetes trágicos. Las leyes, buenas para estirarlas, o encogerlas, o acomodarlas, según nuestro cinismo, y audacia, y talento. Por esto Lagos y Lagos se reía abundosamente. Manuel Andino es otro desencantado. Su mordacidad incisiva proviene del conocimiento de los hombres en la feria de la política.

Lagos y Lagos y Serafín Quiteño, en aquel sentido, son dos valores positivos. Serafín, más moderno, más artista. Un día se va a Guatemala. Llega sin dinero. Llovía con crueldad terca. No sabe qué hacer. Dónde encontrar el rinconcito tibio, la mirada fraterna. Sólo sabe que mientras tenga optimismo y ensueños la vida le será frágil. Ancla por fin. Vivió en aquella ciudad como vivimos muchos: sin tomar en serio innumerables cosas. Otra vez se encaminó hacia Honduras tras "la libélula vaga de una vaga ilusión". Le atrae de nuevo la tierruca. A su regreso charlamos. De repente, suelta expresiones llenas de ironía punzante. Nos reímos. Siempre el mismo. Cuanto más le azotan, más se ríe. Es dueño de una filosofía inocente. Nosotros quisiéramos esta actitud suya, para reírnos de tánta estupidez y mentira. Lo único que preocupa a Serafín es el arte, porque comprende su sentido fundamental.

Reseña de Historia...

(Viene de la página 147)

Al modo del colombiano Carlos Luis López, ha cultivado la poesía costumbrista, de temas al parecer triviales, *Asdrúbal Villalobos*. Toda su labor tiene esta tendencia.

Carlos Luis Sáenz es uno de los jóvenes poetas de orientación definidamente espiritualista, modernista de vanguardia; pero sin llegar a la estridencia de algunos ni a los alardes de otros.

Injustamente va olvidándose la producción de *Enrique Hine*, admirable ingenio que ya con la pluma, ya con el lápiz reveló su talento , fuente inagotable de sales. Escribía y dibujaba con raro acierto y facilidad. Algunas de sus composiciones alcanzan el valor de verdaderos cuadros de costumbres. Como por milagro pasa del estilo festivo al serio y solemne en que se revela como poeta de severo y alto pensar. Bien puede calificarse de magistral su traducción de *Thanatopsis*.

Mencionaremos junto a su nombre el de su hermano *Luis* que escribió versos sentimentales. El paisaje campestre, el bullir de la chiquillería por la campiña, el río, las auras, los pájaros y flores de la aldea, sus puras costumbres, todo evocado con exactitud en imágenes adecuadas y expresado con riqueza de armonía nos ofrece *Carlomagno Araya*, poeta amable, sincero, tan sencillo en su vida y maneras, como opulento de savia, de ritmos y colores que de la naturaleza traslada a sus versos. Su libro principal se llama *Primavera*.

Julián Marchena escribe poco y su parsimonia en producir revela propósito de no dedicarse a la tarea artística sino cuando la *Musa le arrastra a su taller* porque un motivo digno suscite su cariño e inspiración. No le acucia el afán de aplauso; así, cada composición suya se aprecia como de mano maestra y hace desear una nueva producción.

También ha escrito poco *Manuel Segura*. Sus composiciones llevan el sello del buen gusto y tienen el designio de realizar el arte puro, exquisito, sin que por ello pueda no-

(Concluye en la página 156)

Manuel Gálvez, el...

(*Viene de la página* 151)

consigo mismo? ¿Con quién están si no están con ellos? Desde luego no será, no podría ser, que estuviesen en mala compañía.

En esta hermosa novela inédita de don Manuel Gálvez, hay otro personaje que tercia con estas razones:

Los porteños pareciera que no quisieran mostrar su corazón ni tratar de comprender o penetrar el de los demás.

Sí, sí, algo de eso hay. Sin embargo, todo tiene remedio en este valle de lágrimas y la cosa no es tan terrible como parece. Lo terrible —dice Turgueneff— es que no hay nada terrible en este mundo. El porteño, pese a esa tendencia a substraerse a las intimidades, esa dificultad suya en darse al prójimo, pese a esa reticencia, es, sin embargo, profundamente hospitalario y generoso de corazón. En otras palabras, el fenómeno existe. Pero no es por frialdad ni sequedad. Es que él cree que la actitud que asume es la más indicada para dirimir—cuando acaso no hay confianza en los propios méritos—esta batalla moral que significa hacer un intercambio de mociones por medio de la palabra, ser presentado, conocerse, agradar, intercambiar con otro espíritu. ¿Por qué? ¿Por qué es así? Varias versiones pueden aportarse. Puede ser porque el porteño estime y valore demasiado el juicio de los otros y menosprecie por el contrario sus propias dotes. Es —podría también suceder— defecto de un concepto equivocado cual es, según parece, la vulgaridad de la intimidad. ¿Cree o no cree el porteño en la intimidad? Pudiera suceder que para él, la reticencia, el alejamiento, el misterio, etc., valen más que la entrega total del alma por medio de la charla abierta, confidencial, íntima, cargada de sentimientos e ideas.

Pero aquello— como se podrá ver al momento— es artificial, es forzado. Lo segundo, en cambio, es la vida misma. "Nosotros en Europa —escribió Ortega y Gasset— no encontramos sabor en la conversación si ésta no está matizada de intimidad".

Acá, en Buenos Aires, creyó ver este escritor otra cosa.

"Todos los fracasos se comprenden y se perdonan en Buenos Aires—me decía un amigo escritor—excepto caer en ridículo. Excepto—continuaba— ser víctima de una "cachada fenomenal" y refería algún caso. Es que entonces—agregaba—es preferible mandarse a mudar o suicidarse. No queda otra escapatoria, che".

¡Ay! ese es el fantasma del cual huye la gente porteña: el ridículo. Qué miedo, Dios mío, qué miedo!

Miente quien afirme que es triste Buenos Aires, pero hay "Hombre en Soledad" y eso es así nomás. Hay quien no se hace entender con su idioma. Digo con su idioma porque cada uno tiene el suyo. Y se siente solo y triste hasta los tuétanos del alma. Triste hasta la muerte, como decía Jesús. No, no triste de tanta tristeza, pero sí solo. Solo de toda soledad, porque su alma no tiene compañera. El inmigrante, creo yo, sufre de una invencible nostalgia, y a eso atribuyo en particular los hombres parados como postes, durante los domingos, en las esquinas de Buenos Aires. A eso, porque están solos de toda soledad en la gran urbe. Los pueblos y las personas necesitan, necesitamos, encontrar la manera personal de modular el propio acento; de exhibir a la luz del día el propio estilo, sin titubeos ni sonrojos ni atolondramientos y, sobre todo, sin pose para despistar nuestro íntimo ser. Nuestro íntimo ser que siempre vale más, muchísimo más, que la pose.

Hay un maridaje estrecho entre los conceptos anotados y la personalidad de Manuel Gálvez. Quizás él, por vivir alejado— por razones de cierta jerarquía social y de especiales condiciones actuales de la vida argentina—de las masas, no haya podido responder, como novelista, a las múltiples interrogaciones de este gran pueblo niño que empieza a balbucir un idioma o al menos un acento propio. Pero creemos que en Manuel Gálvez hay que esperar muchas respuestas a los problemas de su patria. No precisamente aquellos de la superficie, sino los problemas —ay!—que no ven los políticos ni los gobernantes, sino los videntes. Los que están en el sub-suelo. Háganse a un lado los famosos técnicos, los que entienden del trigo, de la carne y las finanzas..., y vengan los otros, que la humanidad tiene también problemas que no se miden, ni se ven, ni se tocan, pero que existen. Que venga Manuel Gálvez entre estos últimos.

Vida de familia entre los nazis

Por MIKE GOLD

= Trad. del inglés y envío de C. L. Costa Rica y marzo del 37 =

La escena pasa en casa de un respetable almacenista en Berlín. Ante el espejo el padre Kraus se prueba un traje. Como los nazis han restaurado el viejo culto pagano de Wotan, Herr Kraus se ha pasado de la línea con toda fidelidad. Su traje es la de un bárbaro teutón. La Sra. Kraus su esposa teje cerca de la estufa. Como todas las buenas madres nazis se ha movilizado en los deberes de la guerra. Está tejiendo un jubón para los soldados que andan locos por la próxima guerra. La hija de Kraus quiere romper el piano con una marcha militar, mientras que el pequeño Franz Kraus la acompaña con un clarín, un tambor y un revólver. En otro rincón el menor de los Kraus, el chiquitín Fritzi, apuñalea a un judío. El judío es un muñeco grotesco, relleno, con una exagerada nariz y una larga barba blanca que está agarrado de un Talmud.

Toda la familia tiene el cabello nazi de amarillo encendido y brillante. Antes eran ligeramente morenos. El peróxido les ha ayudado a corregir esto como a tantos otros. El retrato de Hitler en la pared, adornado con lirios de papel oscuro. La radio está puesta a toda fuerza. Se oye tan alto la rugiente voz de Hitler que todos tienen que gritar.

En la calle una banda militar y pies que marchan: otro regimiento de voluntarios que sale a la conquista de España. Por lo demás, todo está quieto y tranquilo; y Herr Kraus refunfuña mientras se pavonea frente al espejo admirándose a sí mismo en su vestido pagano.

Papá Kraus.—¡Ach! ¡qué bien me va este vestido! ¡Soy fuerte, soy un héroe pagano, un hijo de Wotan! Mirad los bárbaros cuernos, la casaca de piel de oso, las sandalias primitivas!¡Y el hacha centelleante y racial! ¡Y además qué buena compra! Amenacé al sucio comerciante judío que me pedía 200 marcos. Puse mi automática frente a su gran nariz y me lo dejó por 100.

Mamá Kraus, (complaciente)—Muy bonito, Fritz, parece de cine. Pero amorcito, ¿no estás demasiado gordo y viejo para ser un Wotanista? Mirá qué apretado te queda el traje.

Papá Kraus (a gritos).—¡Silencio! ¡No estoy gordo! El traje me queda perfectamente.

Mamá Kraus (conviniendo al punto, como buena esposa nazi que es)—Sí, te queda bien y tú pesas sólo 240 libras, amorcito. Eso no es ser gordo.

Papá Kraus—¡Comunismo! ¡Cállate la boca! Peso sólo 140 libras. Nuestra Tropa de Asalto pasó una resolución que dice que ya no hay más alemanes gordos. Todos somos fuertes y rubios.

Mamá Kraus (con placidez)—Sí, amor. Nuestro Hitler está haciendo la historia. Pero déjame soltar algunas costuras de tu traje; tal vez así te sientas más cómodo.

Papá Kraus—¡Traición! Herta, Hans, arrestad al punto a vuestra madre. Llevadla a un campo de concentración.

Los hijos.—Sí, papá querido, ¡heil Hitler! *(Pero no se mueven y mamá Kraus continúa tejiendo plácidamente; es una disputa de familia).*

Fritzi, el pequeñín *(lamentándose)*— Mamá, mi judío no quiere jugar. Le he apuñaleado, lo he ametrallado, le he cortado la cabeza. Pero no quiere morirse.

Mamá Kraus (con placidez)—Tráemelo acá, mamá te lo va a matar.

Fritzi (chillando)—No, yo quiero matar mi judío.

Mamá Kraus.—Bueno, mi hijito: ¿Porque no le das mejor a tu sindicalista? *(Le enseña como debe hacer).*

Papá Kraus.—(pensativo, mientras se contempla en el espejo)—Desde que me he hecho pagano vendo más víveres. Es bueno para el negocio. Pero, con todo, ella tiene razón, el vestido me queda estrecho. ¡Ach! Es una calamidad que el viejo Dios sea un cochino judío. Con él, por lo menos, yo podía usar trajes confortables.

Mamá Kraus (habla bajo al niño)— Fritzi, ve a donde el esbirro del siguiente piso. Díle que tu padre está hablando de Comunismo.

Fritzi (lloriqueando)—No quiero. Yo quiero matar a mi sindicalista.

Mamá Kraus (plácida) — Bueno, querido mío. Tú puedes acusar a tu papá mañana cuando vayas a la escuela de la bayoneta y de la bomba.

Papá Kraus (quien ha estado leyendo el periódico)— Una madre en Canadá ha dado a luz cinco niños en un solo parto. Y mi familia no hace nada por la causa. No hay que extrañar que yo esté todavía en las filas más bajas de las Tropas de Asalto.

La hija (deja de tocar la marcha en el piano) —Pero, querido papá, ¿olvidas que tuve gemelos el año pasado? Tal vez mi siguiente hornada sea de triples. ¡Heil Hitler.

Mamá Kraus—Y yo, querido mío, he hecho lo mejor que he podido. ¿Tengo la culpa de mis abortos?

Papá Kraus (de mal humor)—Cada aborto es un crimen contra nuestro líder. Los vecinos comienzan a sospechar de nosotros. La nación necesita soldados.

El pequeño Hans (deja su clarín y habla con entusiasmo)—Papá, yo he hecho algo por la causa la semana pasada. Hice que Vilma la hija del barbero... sabes....

El padre y la madre (alegremente) —¡Hijo querido! ¡Sólo 14 años y ya un buen nazi! ¡Heil Hitler!

Fritzi.—Papá, ¿por qué el Fuehrer no tiene también hijos?

Papá Kraus (blandiendo el hacha)— Traición! Por decir eso debías ser decapitado.

Mamá (plácidamente)—¿No crees, papá, que ya tiene edad de que se le diga?

Papá (solemnemente)—Muy bien, se lo diré. Hijo, nuestro gran líder Hitler, no se casa, porque es puro y bueno, no como nosotros bajos mortales. El es un ángel.

Fritzi (con seriedad)—¿Ud. quiere decir que él no es humano?

Papá.—No, hijo, el es un ángel ario. ¿Tú sabes cómo nacen los niños?

Fritzi.—Sí papá, ya he comenzado a practicar mi deber racial en el frente del sexo.

Papá.—Bueno, pues Hitler no tiene sexo. ¡Heil Hitler! Nuestro líder es un ángel.

Hija.—Cuando me case, pienso que prefiero hacerlo con un hombre que con un ángel.

Papá.—¡Traición! Herta, ¿oyes cómo hablan nuestros hijos? ¿Y si hubiese un dictáfono en nuestra casa?

Mamá.—No te mortifiques, he buscado en todos los rincones. ¡Heil Hitler! Vamos a comer.

Fritzi.—Sí, mamá, tengo hambre.

Mamá.—Bueno. Tengo para la comida un rico plato de papas y ametralladoras fritas.

Fritzi.—Pero si hemos estado comiendo ametralladoras toda la semana.

Mamá.—¡Traición! Goering dice que un buen nazi debe preferir tener cañones en su mesa que mantequilla.

Fritzi.—Bueno, pues entonces quiero cambiar por un cañón. Estoy harto de ametralladoras.

Mamá.—Papá no puede darnos cañones, hijo mío. Debes estar contento con lo que tenemos, como buen nazito que eres. Mirá, mamá está tejiendo un jubón para la guerra. ¿No te parece bonito? Te quedará bueno dentro de pocos años.

Fritzi.—Yo quiero mi jubón ya.

Mamá y papá (con ternura)—¿No es admirable? Exactamente como nuestro líder. No quiere esperarse, quiere tener ya su jubón. ¡Heil Hitler! *(Se sientan contentos a la mesa a comer su fritura de ametralladoras).*

Amigos, enemigos, indiferentes

Por B. SANIN CANO

= De *El Tiempo*. Bogotá. Febrero de 1937 =

Son cada día más apremiantes las exigencias de la vida y a medida que crece la complicación de las necesidades individuales aumentan en aspereza los aspectos del conflicto vital. Cada hombre divide a la humanidad en tres grupos de magnitud diferente. Son el grupo reducido de sus amigos, el de sus enemigos y la vasta aglomeración de los indiferentes. Parece como si el hombre necesitara de la existencia y delimitación de esas agrupaciones humanas para definirse a sí mismo. Se le escaparía su yo entre las brumas de lo incierto y flotante si no tuviese la acogedora barrera de sus amigos donde reposarse, el recio muro de las enemistades que le cierra el paso, y la extensión inabordable de la llanura donde hormiguean innominados los indiferentes. En momentos de eclipse de la conciencia, cuando se pierde a medias la noción de la personalidad suelen los atribulados por ese vacío momentáneo de sus facultades apelar al recurso de hacerse leve daño sobre la piel para recuperar el estado normal de sus órganos pensantes.

De la misma manera los hombres que ocupan determinada posición en un grupo social o político acuden a la necesidad de crearse enemigos para que no se esfume entre los tules de la insignificancia, su a veces para ellos mismos inasible o elusiva personalidad. Zola recomendaba literariamente el cultivo de las enemistades personales para conservar el respeto a las propias ideas y afirmarse en el significado del valor personal. A un soldado muerto en una de nuestras guerras civiles, campesino humilde y sin nombre se le encontró en las faltriqueras una lista de cinco o seis personas a las cuales tenía condenadas a muerte porque no le pagaron lo debido; porque le habían arrebatado con violencia algún objeto de su propiedad; porque le habían tratado mal de palabra. De las otras personas de la lista probablemente no había recibido ningún agravio y justificaba su condenación a muerte, diciendo sencillamente: "porque me chocan". A este hombre se le escapaba sin duda la noción de la personalidad y llevaba consigo esa lista de enemigos con qué recuperar su "yo" resbaladizo.

Entre literatos, valga el recuerdo de Zola, es muy frecuente dividir la humanidad en amigos, enemigos e indiferentes; pero de esa clasificación arbitraria o fundada apenas resulta daño al que se complace en mantenerla. Los espectadores acaso deriven placer de los choques por ella ocasionados; pero el estampido de las armas, que suele ser de mucho estruendo, desaparece con el paso de las semanas. Ya nadie se acuerda de los amigos y enemigos de Martínez Villergas y apenas por curiosidad literaria algunos recorren las páginas de vituperio firmadas a su tiempo por Leopoldo Alas y Emilio Bobadilla. Releyendo esas rudas batallas del verbo el literato de nuestros días hace un esfuerzo de despersonalización para penetrar en el fondo de aquellas inteligencias. Bobadilla y Clarín dividieron también el mundo en amigos y enemigos, pero de sus venablos y estocadas apenas puede hoy decirse que fueron diversión inocente.

Tratándose de gobernantes, cualquiera que sea su política, es necesario afirmar que no pueden usar de la clasificación nombrada en su obra de gobierno. Como tales no tienen derecho a dividir a los administrados en amigos, enemigos e indiferentes. En la paz todos los administrados son amigos, en la guerra el enemigo es un ente extraviado cuya amistad trata de lograrse por todos los medios, inclusive el de la fuerza. Para las tareas de gobierno todos son amigos, aun los disidentes. La tendencia a llamar enemigos a los críticos del momento brota de la necesidad pasajera de buscar un obstáculo a fin de que la vacilante conciencia encuentre la órbita regular de su curso.

Entre los justos elogios que las altas cualidades de Olaya Herrera como gobernante ha merecido de sus amigos y de sus admiradores,

no he visto hacer hincapié sobre la fortaleza de ánimo que es menester para sobreponerse a la separación arbitraria de amigos y enemigos entre los gobernantes. Quiero ser más explícito. Gobernar con todos los partidos no es invención reciente de ningún conductor de multitudes. Es más fácil gobernar con todos los partidos que con uno solo cuando todos ellos asienten a participar en las tareas de gobierno. Tal cosa se ha ensayado en las democracias de Europa y América y sólo la pasión sectaria puede negarse a tomar parte en una obra que es derivación natural de la equidad y uno de los postulados de la democracia. Olaya Herrera gobernó dignamente y en muchos aspectos de la administración con tino y éxito admirables, llamando en su ayuda a la voluntad conjunta de todos los partidos. Sin embargo, no estriba en esto la originalidad y grandeza de sus realizaciones. Olaya Herrera llegó a gobernar con sus enemigos, porque él no dividió a los políticos en amigos y enemigos; no había menester esa línea divisoria para señalarle límites a su conciencia, demasiado clara para reconocer el deber, demasiado precisa para vacilar ante las ofuscaciones ajenas.

He querido insistir en este rasgo originalísimo de sus talentos como gobernante, porque al pensar en la persona que reciba los sufragios por él ya conquistados a la hora de su muerte para ejercer el mando desde el 7 de agosto de 1938, se ha de buscar al ciudadano que en su formación intelectual y en sus costumbres políticas y sociales nos autorice para esperar que en el desarrollo de su labor administrativa pueda llegar como Enrique Olaya Herrera a gobernar con todos los colombianos sin hacer diferencia entre partidos, cosa ensayada y factible, ni entre amigos y enemigos, designio más alto y de más sólidas consecuencias.

Psicología y Comercio

Por CONCHA MELENDEZ

= *Colaboración*. San Juan de Puerto Rico y febrero de 1937 =

Margen al libro de Ana María O'Neill:
La psicología en la correspondencia comercial.

Ana María O'Neill, inteligencia trabajada por altas disciplinas del pensamiento —ética, psicología, pedagogía— ha escrito un libro ágil, buído por la observación y la experiencia: *La psicología en la correspondencia comercial.* (Cantero Fernández, San Juan de Puerto Rico, 1936).

Cuando leí las páginas iniciales de ese libro, la atención se me quedó prendida en un mito insinuado entre líneas. Metamorfosis tan cautivadora como la de Narciso o Dafne. El Comercio de anticuados formularios, las bestia peluda, cruel, con siete brazos de lucro, en actitud de guerra y despojo, se convierte aquí en un Mercurio joven, hermoso, que ya no necesita pies alados, porque la civilización moderna le suprime todas las distancias y la psicología le abre todas las voluntades con fina, certera llave. Lanza su red invisible abarcando el mundo, internacionalizando nuestra mesa y nuestra mente, haciendo que la materia sea quien nos enseñe la hermandad de los hombres.

La función social del comercio se explica en este libro, iluminada por un nuevo concepto ético, biológico, psicológico, perfilado ya en los tratadistas de avance, en los angloamericanos más reiteradamente. Pero en nuestra lengua no había leído aún, una síntesis más cabal del tema, en estilo más purificado de lastres inútiles por amable modernidad.

Los capítulos agotan, en trabazón hábil, las incidencias derivadas del asunto. Los términos se definen con ajustada elegancia: Las cartas de los tratados nuevos "tienen sabor a cosa fresca. En su fondo se mueven cautelosas emociones atávicas y se escucha un hondo rumoreo que llama con insistencia a los instintos. Todo bajo pedal sedante. Se apela a la razón cuando ya está caldeada. Hay arte y ciencia en la elaboración de una carta que persuade y convence al mismo tiempo. Vender es esencialmente dar servicio y no podemos dar servicio si nuestro punto de vista es el que impera."

A partir del capítulo quinto, las lecciones se precisan definiendo el estilo comercial y cómo puede adquirirse; el aspecto mecánico de una carta, sus partes, su disposición en el pliego; condiciones del corresponsal moderno; cómo se llega a corresponsal. Del capítulo décimoséptimo al vigésimotercero se estudia la preparación técnica y académica necesaria a un corresponsal eficiente. Los títulos se disparan en forma interrogativa. Actúan así como llamados enérgicos para el aspirante, quien al leer estas páginas, medirá, inquieto, sus vacíos y se esforzará en superarlos.

El resto del libro estudia la carta comercial en sus tipos diferentes: la de pedido, la de empleo, la de referencias, etc., con excepción del capítulo donde la autora analiza la publicidad ateniéndose a la psicología del consimidor. En estas páginas vuelve a la altura ética y literaria que admiré en la introducción, acentuándose la destreza lograda por la autora en sus estudios de especialista en psicología.

Se exponen en último término el mecanismo y los resortes psicológicos de la carta de publicidad. Unos párrafos de conclusión —ausentes en la obra— hubieran terminado la sólida arquitectura de este libro en perfecto balance. Tal conclusión habría sido, el toque final al punto de vista estético que la autora no descuidó hasta aquí. Pero nada sumaría a la claridad y seguro enfoque de un tema de resonancias masculinas, presentado por una mujer con tino y gracia expresivas que aplaudirán los hombres.

Otra alabanza es justo anotar: el excelente método con que el libro se ha pensado. *La psicología en la correspondencia comercial* es, además de un tratado, un texto de lecciones ordenadas por una maestra que experimentó, en la cátedra universitaria, las vivencias inapreciables suscitadas en el trato con sus alumnos. Cada lección lleva al pie un cuestionario de eficaz puntería sobre la materia expuesta y un ejercicio "para activar el vocabulario pasivo" Se intenta así enriquecer el léxico del estudiante, equiparándolo con la fuerza verbal adecuada al orbe en que actuará en la vida.

Si como dice Azorín, con palabras que la autora hace suyas imprimiéndolas al frente de su libro, el estilo es cuestión de pura psicología, Ana María O'Neill nos revela en el suyo, una psicología acuciada por las más nobles urgencias, conscientemente vertida en un bello utilitarismo, empeñado en difundir la nueva ética de los negocios. Utilitarismo que desemboca en el idealismo porvenirista de un mundo libre de ambiciones mezquinas, donde ya, "no será necesario que el luminoso látigo del Cristo nos arroje del templo nuevamente".

Reseña de Historia...

(*Viene de la página* 153)

tarse afán de buscar raras y estupendas ideas y acepciones o combinaciones extrañas de términos.

Limitada asimismo es la labor poética de *José J. Salas* quien en sus pocas composiciones revela que siente como pocos la belleza del campo, de las cosas agrestes y de la existencia sencilla y humilde.

Fernando Centeno es de nuestros más jóvenes poetas; de arraigo clásico, son sus versos sumamente pulcros. Trabaja con entusiasmo y su producción es ya considerable.

Otro joven de gran valer literario es *Gonzalo Dobles*. No se ha dejado influir por tendencias literarias de última hora; conserva cabal su personalidad e inspiración, y cultiva devotamente una lírica de serena ideología y noble expresión: Sus libros: *Huellas del Camino* y *Jardines Olvidados*.

Jorge Sáenz Cordero, también joven, en su libro titulado *Kaaba* tiene muy gratos versos que evidencian cómo sabe sentir e interpretar la naturaleza tropical, opulenta de rumores y tintas; los tiene también de pleno ensueño, y finalmente, relativos a su hogar y a su vida afectiva.

Rafael Estrada dió la primera nota vanguardista en la poesía costarricense; poeta en sus comienzos de factura normal, brioso en su tono, cambió totalmente de estilo y escribió luego dentro del más agudo vanguardismo.

Le sigue en esta tendencia *Max Jiménez* que es actualmente el más genuino representante de ella en Costa Rica. Ha escrito: *Gleba, Sonaja, Quijongo*, expresivos de su modalidad futurista.

Las razones de una actitud católica

Por J. M. GALLEGOS ROCAFUL

Canónigo Teologal de la Catedral de Córdoba

= Envío del *Servicio Español de Información*. Valencia =

Yo sé muy bien que una de las grandes conquistas del catolicismo es precisamente su universalidad, y a nadie mejor que a un sacerdote le incumbe el deber de exaltar su ministerio por encima de cualquier división de razas y de pueblos, a fortiori de partidos y opiniones. Pero las circunstancias trágicas por las que atraviesa mi patria, imponen a todo español la necesidad ineludible de estar, ya que no con las armas en la mano, al menos con el corazón y con el espíritu, al lado de uno de los combatientes que ensangrentan nuestro suelo. Más tarde, con la hora de la victoria, vendrá el momento de borrar las diferencias y llegar a la unidad de los espíritus tan necesaria como la del suelo sagrado de la patria. Si es necesario escoger ¿de qué lado deben inclinarse la simpatía y la preferencia de los católicos? En cuanto a las razones que podrían servir de orientación a otros, he aquí las que yo he tenido para estar con toda mi alma al lado del pueblo:



Sua Maestá
Rex Imperator

Madera de *Emilia Prieto*.

1º—¿Cuál hubiera sido la actitud de Cristo? Supongamos por un momento que la vida terrestre de Jesucristo hubiese coincidido con los sucesos de España: ¿Se habría puesto El al lado de los que han desencadenado la guerra, matan sin riesgo para ellos, destruyen los hogares y siembran la desolación y la ruina? ¿Hubiera aprobado la empresa criminal de decidir por la violencia, fuera de la ley y contra ella, diferencias políticas entre hermanos? Por otra parte, en la guerra hay, de un lado los potentados, los ricos, los señores, todos los privilegiados de este mundo; del otro, los pobres, los humildes, los necesitados: ¿Se puede ni aún dudar del hecho de que Jesús, como ya lo hizo, no habría estado ni con los ricos Saduceos, ni con los todopoderosos Fariseos, ni con los Escribas equívocos, sino con los humildes pecadores y las multitudes hambrientas?

2º—Está claro- y se reconoce por ambos lados—que en España, más aún que una cuestión política, se resuelve otra, más profunda, de organización social y económica. El capitalismo que quiere a cualquier precio continuar manteniendo sobre los obreros un yugo, que según la frase de León XIII difiere poco del de los esclavos, juega en España una carta decisiva. Capitalista de hecho y de espíritu es la inmensa mayoría de los que luchan de un lado, mientras que del otro no hay casi exclusivamente más que obreros. Si los rebeldes triunfaran, el capital, dueño no solamente de la vida económica, sino que también del poder público, impediría todo movimiento obrero, incluso aquel que estuviera dictado por el sentimiento cristiano más auténtico y profundo; de eso tenemos una dolorosa experiencia, y los obreros quedarían entregados, desarmados e indefensos, a la voluntad más o menos arbitraria de los patrones. Cuando se ha impedido sistemáticamente toda concordia, se acude a las armas para imponer por la fuerza la sujeción capitalista; nosotros que tenemos hambre y sed de justicia y que hemos pasado nuestra vida denunciando los abusos del capitalismo, no tenemos otro remedio que dar toda nuestra simpatía a los que defienden, no los odiosos privilegios, ni un lujo superfluo o vicios dispendiosos, sino simplemente la posibilidad de una vida humana digna.

3º—No cabe duda de que los obreros, por el mero hecho de serlo, no son santos, y en estos momentos de revolución pueden entregarse a actos reprensibles y a violencias inútiles, pero esto que suelen utilizarlo para argumentar contra la causa popular, es para mí una nueva y muy potente razón para estar de su parte, puesto que si los obreros se equivocan, y si a veces parece que tienen el sentido moral oscurecido, el remedio no es ni mucho menos ametrallarlos despiadadamente, sino predicarles, despertar su conciencia, en lugar de matarlos salvajemente como a perros. El remedio es darles idea plena de su propia responsabilidad. No son los sanos los que tienen necesidad de médico, decía Cristo, sino los enfermos. Fué también El el que nos enseñó a dejar por la sola oveja descarriada las noventa y nueve restantes. Si aquellos que debían ser los pastores legítimos de sus almas, rehusan sistemáticamente acercárseles para enseñarles el buen camino, ¿no es natural que se echen en las manos de falsos apóstoles y se envenenen con toda clase de errores y de maldades?

4º—Pero, además no es una paradoja afirmar que un sincero apostolado cristiano tendría, por los argumentos humanos, muchas más probabilidades de éxito en el Frente Popular que en lado contrario. Es una gran verdad que aún entre aquellos que se llaman marxistas, hay una gran vida espiritual que se manifiesta corrientemente en su elevación moral, en su sacrificio por el ideal, en su magnífica solidaridad, en su desprendimiento cristiano de los bienes terrestres, y en su ejemplo heróico de virtudes naturales. Se diría que, como San Pablo decía de los Atenienses, adoran a un dios desconocido, que cuando se les muestre en plena luz, en su pura desnudez espiritual, acabarán por caer de rodillas delante de la divinidad auténtica que sin saberlo buscaban en sus sueños revolucionarios y en su esperanza angustiada de una humanidad mejor.

5º—Es así como León XIII lo vió claramente cuando dió a los católicos y especialmente a los sacerdotes, la orden categórica de ir al pueblo, y ¿qué es ir al pueblo sino vivir su vida, penetrarse de sus ideales, servir su causa en todo lo que tiene de justa, abogar por sus derechos, cuidar de su bienestar, perdonar sus faltas, formar las conciencias y santificar las almas? ¿Y cómo se podrá hacer ésto cuando se deserta de sus filas, se le abandona en la hora de gran peligro, o lo que sería terible, se una a sus enemigos? Cuando el pueblo está de un lado y todos sus opresores del otro, ya no es necesario decidirse, puesto que la elección se nos dá hecha por el mandato de León XIII: con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

6º—Pero es que, se nos dirá, el triunfo del pueblo supone la destrucción de la iglesia española. El argumento ha sido repetido de tal manera que bien merece ser examinado de más cerca, porque confunde dos cosas completamente distintas, y dá como oro auténtico lo que es paja despreciable. Es cierto, que si los rebeldes triunfasen, la iglesia recobraría exterior y temporalmente mucho de su influencia pasada: habría nuevamente grandes procesiones, las corporaciones oficiales y las autoridades asistirían a los oficios, se erigirían monumentos religiosos en las plazas públicas; se entronizaría al Sagrado Corazón de Jesús en los Ayuntamientos.... Pero seguirían la rutina, la ignorancia religiosa, la ausencia de vida espiritual auténtica, la confusión entre lo espiritual y lo temporal, el relajamiento de todos los resortes que lanzan hacia el apostolado heroico; y sobre todo, el divorcio entre la religión y el pueblo sería total y absoluto. El catolicismo sería una religión de ricos en el peor sentido de la palabra. Si es esto todo lo que llegaríamos a obtener, ¿podemos cristianamente desearlo?

Por el contrario, el triunfo del pueblo supondría la colocación de la transcendental cuestión religiosa en su terreno verdadero. No más mixtificaciones ni apariencias engañosas. Una iglesia pobre sin otros medios que los todopoderosos de la oración y el sacrificio, que viva para el espíritu y por el espíritu, haciendo la reconquista de las almas. Libre y pura de todo deseo temporal, concentrada en sí misma, sería más que nunca la luz del mundo y la sal de la tierra; el principio sería difícil pero la victoria final cierta.

7º—Pero, se dice también, el pueblo no quiere oír hablar de religión, quema las iglesias, y mata a los sacerdotes. Desgraciadamente hay una gran parte de verdad en esto. No es más que el límite de esa apostasía de las masas que Pío XI denunció como el gran escándalo del siglo XX. No es ahora el momento de averiguar las raíces de un estado espiritual que tiene, evidentemente, sus causas, y éstas son muy dolorosas.

El padre *Robinot* en Francia, *Arboleya* y *Peiro* en España, han tratado de determinarlas pero aún nos falta un estudio completo. Ahora se trata de hacer desaparecer y de derrumbar toda esa muralla de hostilidad y de injusticias que mantienen al pueblo separado de la religión, y eso, ¿cómo se consigue? ¿Convirtiendo los conventos en fortalezas contra los milicianos, y las vestiduras sacerdotales en uniformes del ejército del enemigo del pueblo, o, aproximándose al pueblo con las manos y el corazón abiertos para que pueda leer en el interior todo el amor que le llevamos, nuestro tormento por rescatarle temporal y espiritualmente, y nuestro deseo de ayudarle? ¿Será que el catolicismo no ha encontrado nunca armas más eficaces que la caridad activa y desinteresada para conquistar a sus enemigos?

8º—Esto nos lleva a tratar otro argumento que se tiene costumbre de olvidar con lamentable frecuencia. Por buenas que puedan suponerse las intenciones de los generales que luchan contra el pueblo, la verdad es que han partido de un hecho incontestable: la rebelión contra el gobierno legítimo que España se ha dado. La cosa es tan clara que ni siquiera han tratado de negarla, se dice solamente que el gobierno gobernaba mal y es con sus errores con lo que pretenden disculparse del gran pecado de la sedición; pero la doctrina católica es tan formal sobre este punto que no dá lugar a ninguna duda posible. Un católico puede escribir contra los errores de su gobierno, demostrar sus equivocaciones, votar contra él, asistir a mitines y manifestaciones, hacer todo lo que la ley le permita y le sugiera su fervor ciudadano. Lo que no tiene el derecho de hacer de ninguna manera, es recurrir a la sedición contra la autoridad que representa a Dios, y a quienes, por este hecho, le debe sumisión, honor y reverencia aún cuando le persiga injustamente. Y si esto concierne a todos los católicos que no pueden sin caer en pecado, levantarse en armas contra el poder público, ¿qué decir de los que por su profesión deben imponer por las armas el respeto y la obediencia al gobierno legítimo?

9º—Por otra parte, el movimiento que el pueblo trata de aplastar tiene un nombre que lo califica expresivamente: el fascismo, y el fascismo nos es bien conocido por los libros de sus corifeos más autorizados: Rosenberg en Alemania y Gentile en Italia. Haciendo abstracción de todo lo que se ha hecho y se hará en el orden estrictamente político, lo cierto es que, como sistema doctrinal, es inadmisible para los católicos. Nosotros no podemos ni admitir su brutal negación de los derechos de las personas, ni suscribir la subordinación impía de la iglesia a un Estado monstruosamente exaltado que utiliza despóticamente las personas y las cosas para su provecho exclusivo, ni profesar un nacionalismo exagerado que es un peligro perpetuo para la paz del mundo y para la fraternidad humana. Es nuestra fe misma la que nos empuja a oponernos a esta concepción pagana del Estado y de la nación.

10.—Finalmente, en España, se lucha implacablemente por impedir que la clase obrera ocupe un puesto de responsabilidad y eficacia en la dirección social. Son las antiguas clases dirigentes las que se esfuerzan por impedir, haciendo uso de la violencia y la sedición, que los obreros llenen el vacío que produjo su deserción. Nosotros no podemos ser partidarios de la dictadura del proletariado, no podemos de ninguna manera admitir el marxismo; pero si se trata de un progreso social que debe tener por resultado extender el bienestar y la cultura a capas más extensas de la sociedad, nuestras grandes virtudes de justicia y de caridad nos obligan a mirar con simpatía los esfuerzos realizados para que la desigualdad humana sea menos grande y menos sangrante la diferencia que separa a un hombre de otro. Si ante Dios nuestros derechos son iguales y parecida la recompensa, ¿por qué no debe ser también así entre los hombres? A través de los hechos de la historia es bien visible para los cristianos la mano de Dios que conduce a los hombres hacia un destino, y si por todas partes se comprueban los signos de una ascensión creciente de la clase obrera, tenemos que pensar que Dios quiera servirse de ella para sus designios redentores.

Pío Baroja a la luz del crepúsculo

= De *El Tiempo*. Bogotá =

El café es un alegre café lleno de claridad. Brilla el piso, brillan las mesas. Todo es espacioso. Por los enormes ventanales entra más que la luz: el cielo azul a chorros. La gente del servicio trabaja con limpios delantales de lino. Los estudiantes, ruidosos, se mueven llevando ellos mismos —en charoles de aluminio— platos de ensalada, vasos de leche, carnes humeantes. Es un café de la ciudad universitaria de París. Los estudiantes muestran en el ademán, en los ojos, en la palabra viva, en la afirmación constante y perentoria, esa insolencia y desenfado con que se habla cuando se es joven, y más si se es joven latino, y mucho más si se es joven español. Sólo hay un viejo barbudo, dormilón, que llega indiferente a una u otra mesa, sin bajarse nunca cierta boina vasca que al mismo tiempo es una nota de pesadumbre y de reposo. Ese viejo es Pío Baroja.

El enérgico creador de las grandes aventuras, por las páginas de cuyos libros parece haber desfilado la humanidad en masa, con sus cientos y millares de personajes que se van entrecruzando en la novela como los hombres en la calle, pero cada cual con su gesto propio, con su buen o mal humor, con su pipa quemada o su bastón que golpea impertinente sobre las baldosas; el buen Pío Baroja que, pintando gente en el puerto de Bilbao, golfos de Madrid, borrachos de Marsella, jornadas de Avinareta el aventurero, suelta de pronto sus propias amarras y como un triángulo de lona latino sobre el mar de Cartago y Barcelona, se torna poesía pura, rapsodia del mar; el activo, el irreductible, el duro Pío Baroja, ahí está ahora, tirado por la marea de España a una costa extraña, a un rincón de París.

Todos saben que ahí está el viejo, y a la vista lo tienen. Pero hay que respetarle la infinita desolación de su destierro: la vergüenza de su miseria; la sombra que le cae sobre el rostro desde los astros de la melancolía, y le deja solo. En el café se paga al contado: sólo Baroja firma vales, que los estudiantes recogen y pagan al fin de semana. En el café nadie está de sombrero: sólo Baroja se cubre la cabeza con la boina vasca, que tapa las revueltas ce-

(Pasa a la página 159)

Canción de la leche...

(Viene de la página 149)

Por ti, sumisa y férvida y sencilla,
cálida y misteriosa y trascendente,
la vida es en mis manos rútila maravilla.
(Una tristeza láctea me ennoblece la frente).

Por ti que en la pavura desolada
coro infantil entonas;
por ti, la resurrecta, la inviolada,
mi carne de pecado reventona
sube de su dolor iluminada.

Por ti en mi cielo pávido
el consuelo sin fin de las estrellas.
Por ti el corazón ávido
de normas altas y de cosas bellas.

Si en mis labios te llevo sonreída,
si fluyes por el cauce de mi herida,
¿qué podría expresar que no expresara
tu lengua dócil y tu esencia clara?

Tú a través del amor y de las lágrimas;
tú a través del dolor y el embeleso;
escondida en las íntimas palabras;
omnipresente y fúlgida en el beso.

En todo lo que es rectamente humano;
en todo lo que es diáfano y sincero,
tú, derramando tu candor lejano,
tú, sangrando tu sangre de lucero.

Así también en mi alma expósita
y en esta canción mía que es como un florecer.
Tú, la añoranza tibia del regazo perdido,
yo, como un niño huérfano frente al amanecer...

Y el alba, el alba eterna, el alba lúcida,
tierna como una leche de mujer.

El alma...

(*Viene de la última página*)

duelen amargamente del mar de lágrimas y del infierno de dolores en que los hace vivir y morir... Lino Novás Calvo, en una de sus poderosas adivinaciones, sospecha que el repudio de Gorki a la obra primera de la Revolución Rusa nace del hábito intelectual que le hicieron sus mismas obras, de aquel pesimismo fundamental que desconfía y recela de toda realización cabal. Acostumbrado Gorki —dice el gran crítico cubano—, a refugiarse en un mundo de aspiraciones puestas en rudo contraste con las realidades donde se movió, el realista enemigo de la realidad opresora debió de encogerse también de primera intención ante la realidad libertadora. Hay gran verdad en esta sospecha. Si el mundo terrible de la Revolución espanta y desorienta a quien no tiene mundo íntimo que oponerle, ¿cómo no ha de ser cosa extranjera de quienes se sientan impelidos, tiranizados, por las leyes de un mundo consustancial, de un orden hecho en el sueño y en la vigilia de muchos años?

Gorki, sensibilidad riquísima y humanidad profunda, es en esta lucha entre el pensamiento y la realidad, el conflicto y la superación, la duda y la fe, la caída y la salvación. En su temor de intelectual llega a insultar gravemente a Lenín; barón ruso, émulo de Netchaiev... Los procedimientos duros y naturales de la Revolución turbaron el ánima blanda y dolorida del amigo de los desdichados. La misma sangre derramada le impedía ver la causa y la razón del derramamiento. Están destruyendo a Rusia, gritaba Máximo Gorki, en los días decisivos. En tanto Lenin situaba las cosas en su punto y expresaba, con su razonamiento acerado, la necesidad lamentable de la violencia. O dar los golpes necesarios o permitir que nos los den. El darlos trae un mundo de justicia, un hombre dueño de sí. El dejar de darlos es la permanencia de la monstruosidad actual... Gorki no se daba por vencido. Volvía a clamar en nombre de una magnanimidad vigorosa y abstracta que no puede tener sentido en la mente de un gran político. Lenin se desesperaba alguna vez: ¿Por qué s emete este hombre en lo que no sabe? ¿Por qué habla de política....? Pasadas las horas implacables, Gorki entendió su error y lo enseñó a los cuatro vientos. Dijo cómo su educación, su sensibilidad, su obra, le impidieron ver la forzosidad del sacrificio. Admitió la razón de Lenin y quedó hasta el fin de su vida defensor apasionado de la obra del conductor insuperable. La gran ilusión y la gran realidad de sus últimos años fué la construcción socialista de la U. R. S. S. Al morir, lloraron lágrimas silenciosas y tiernas millones de hombres de todos los climas, que habían descansado su desdicha en los relatos humildes del gran viejo y que habían llorado en sus últimas, himnos al esfuerzo proletario, en sus últimas visiones de liberación y grandeza humanas.

Gorki estaba destinado a salvarse como Unamuno a perderse. El vasco—castellano— se hizo entre resabios medievales, entre sutilezas de clérigos y distingos académicos. Para él lo popular estaba mucho más en la gracia del romance que en el estómago estragado del campesino de Extremadura. El pueblo era en su mente, cosa histórica, artística. Cada hombre y cada mujer miserable eran para don Miguel cosa recordada, no viviente. Cada giro y aún cada dolor tenía para él una dominante correspondencia con otros similares, iguales, de los tiempos del Cid o de Quevedo. Erenburgh ha recordado cómo Don Miguel, frente al hambre rampante de los campesinos de Sanabria, escribió largamente sobre el paisaje del poblado mísero. Después discurrió eruditamente sobre las distintas clases de hambres, sobre el modo hambriento de las gentes de los distintos climas. Jamás hubiera hecho eso Máximo Gorki. Unamuno fué, hasta que la pugna entre dos sentidos históricos rompió en su patria, un espectador, un contemplador del hambre y de la saciedad. Como lo político es parte céntrica de la vida, Don Miguel tomó lo político como motivo de erudición y expectaciones cultas. Un día con las derechas, otro con las izquierdas. Una tarde, cuando el inicio de la República española, sube airadamente las escaleras del Ministerio de Educación de Madrid. Pelea con Domingo Barnés "porque sólo va a disolverse la Compañía de Jesús, cuando lo justo es la expulsión eterna de cada uno de sus miembros". A la semana pone el grito en las nubes porque se quiere atacar a los jesuítas, depositarios y defensores de la cultura española... La vida inconexa, contradictoria, el retraso social, económico de su tierra, son cosas preciosas a Don Miguel: ocasiones magníficas para afectar posturas de padre regañón e incomprendido, para levantar admiraciones y desprecio en todos los bandos. España toda fué para él, como Sanabria, un gran paisaje para su regodeo de artista. Opresiones y miserias ponían en muchos españoles palideces intensas, ojeras abismales, gestos desesperados y frenéticos. Mejor, mejor. ¡Cómo recordaba todo aquello al Dónime Cabra, al Lazarillo, a la tropa hambreda de la picaresca...! Don Miguel no podía salvarse.

Gorki llevaba la salvación en sí mismo, en la médula de su espíritu sencillo y hondo, lejos de latines barrocos y distingos catedráticos. Su grupo de miserables errabundos estaba formado de la misma materia que los trabajadores heroicos de octubre. Las diferencias de temperamento y oficio no pudieron romper el hilo firmísimo que lo unía con Lenin. Ambas eran amadores del hombre, ambas "enemigas de la sociedad". Para uno y otro la humanidad era ocasión de dolor propio, no de delicia estética. Los personajes de Gorki nacen de su pecho, son tantas sus creaciones como sus experiencias. Si se resiste a admitir las rudezas de la Revolución es, lo hemos visto, porque sus hijos descreídos son tan de su sangre que le han ganado el albedrío. En Gorki, como en Lenin, hay la misma medida universal en que se reconocieron, en que se siguen reconociendo, los hombres de todos los climas.

Vladimiro Ilich está estableciendo en Rusia el régimen socialista al modo de Netchaiev... dijo una vez Gorki. Lo que me indigna de los revolucionarios es su bárbara crueldad,—exclamaba Unamuno. Pero cuando Gorki llega al fondo de las cosas y recuerda, revive la muerte lenta de sus criaturas resignadas, acepta la violencia necesaria y pone su hombro con el soldado de la construcción socialista. Unamuno queda solo, sin partido ni bando, en medio de la pugna. No encuentra en su pecho la resonancia de los humildes. Le dieron lo que les pidió, sustancia estética. Y nada más. Unamuno no sintió en sí como Gorki, los cientos de millones de hombres que el régimen actual depaupera, destroza, mata. Para él las únicas muertes son las violentas, las que se producen con sangre y estrépito. Las otras son buenas ocasiones literarias. En la Revolución ve sólo destrucción, barbarie. Pasado al campo fachista descubre amargamente que la muerte es allí simple destrucción regresiva, barbarie verdadera. Quiere desdecirse, volverse a su ancho camino. No puede. Le falta, como a Gorki, aquella ejemplar humildad, que viene de sus gentes trashumantes, para declarar su error y abrazarse llorando a la verdad. Su condición de intelectual, de hombre infalible por su sabiduría de maestro de contradicciones y genialidades, le impide la rectificación salvadora. Desaparece en su ley lamentable.

El caso de Unamuno debe ser meditado por intelectuales de todos los parajes y de todas las definiciones. Los días que se acercan piden al hombre de libros un desembarazo que traspase sus mundos exclusivos. El mundo de todos es el que pide su servicio: un mundo que exige, para su sanidad plena, cirugías profundas e implacables. Hay que limpiar los ojos de perspectivas estrechas: hay que aprender a ver las cosas en su honda razón; hay que endurecer la pupila para mirar mejor. In sensibilidad no, valor. Nos cuenta Gorki,— y en estos días lo ha recordado agudamente Andrés Iduarte—, que un obrero de Sornov, hombre de alma apacible, se dolía del duro trabajo que tenía que hacer en la Checa, segando vidas. Después de lamentarse quedamente reaccionó decisivamente: cuando pienso, dijo, que también Ilich está forzado a menudo a retener su alma por las alas, tengo vergüenza de mi debilidad... Estamos en tiempos en que hay que tener el alma tomada por las alas en toda ocasión. No cortar las alas al alma, no, sino saberlas enfrenar. Cuando se tienen alas poderosas y vibrantes como Lenin y finas y sensibles como Gorki la sujeción es oportunidad de robustecimiento e impulso para los más altos vuelos. Lo malo es no tener alas prendidas en la hondura tierna y justa de los hombres como Don Miguel de Unamuno. La caída, el abatimiento derrotado, es entonces la ley. Eche el intelectual alas potentes, modo único de llegar al conflicto céntrico de nuestro instante. Pero amánsese las alas todas las mañanas para impedir los vuelos de vencejo. Los días que llegan exigen travesías inauditas.

Pío Baroja...

(*Viene de la página* 158)

nizas de su ocaso. Nadie se demora en el café: sólo Baroja que a veces se duerme entre los paréntesis de un cansancio abrumador.

Ahí se quedará el viejo hasta que muera. El no ha querido sino uno sola cosa: que le dejen aislarse en cualquier cachito de pueblo, en las montañas vascas, para morir tranquilo viendo los ásperos paisajes que formaron su espíritu. Que le permitan hundirse en la propia tierra que un día meció su infancia, empujó sus pasos de andarín mozo, le puso un marco de paisajes ásperos a sus ojos curiosos. Vana ilusión: la tierra suya ya no quiere recibir la caricia de unos ojos buenos que la cubran de amor: la tierra suya quiere vestirse de púrpura, cubrirse de humo, envolverse en sayal de cenizas mientras el pobre viejo náufrago gruñe o llora desde la orilla remota de París.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
EN COSTA RICA:
Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE, $ 3.50.
EL AÑO, $ 6.00 O. AM.
GIRO BANCARIO SOBRE NUEVA YORK

El alma por las alas

Gorki y Unamuno

Por JUAN MARINELLO.

= *Envío del autor.* México, D. F. Enero de 1937 =

Ha muerto en su Salamanca entrañable, Don Miguel de Unamuno. Pudo haber muerto fiel a su pueblo. Muere fiel a su naturaleza paradójica. Pudo significar, en esta hora estremecida de la tierra, la más alta llama orientadora. Ha sucumbido al peso de su egocentrismo y de su miedo. Encendida la pugna entre España y sus opresores, se puso Don Miguel,—viejo defensor de la España eterna, es decir, de la España popular y superadora—, del lado de los opresores. Negando, renegando su vida, entregó pluma y dineros a los herederos de Fernando VII. Elías Erenburgh dijo en carta famosa, todo lo que merecía Don Miguel, todo lo que pedía de denuncia y repulsa su escandalosa apostasía.

Quedó el escritor traidor, el tránsfuga lamentable, entre sus aliados de la última hora, entre espadones procaces, morisma mercenaria, hampa internacional y señoritismo degenerado. Su espíritu no andaba en sosiego. Miraba a su alrededor. Veía la catadura de sus vecinos, tocaba la calaña de sus nuevos amigos. Les oía hablar con chabacano desenfado de sus propósitos sangrientos. Había que vencer al pueblo, pero como el pueblo no se dejaba vencer, acabarían con él... Y con lo que ha creado, desde luego, el genio del pueblo... Don Miguel tascaba angustioso el fruto de su apostasía. El pecado y la penitencia andaban juntos en su ánimo amargo. Vió que los hombres y sus obras, los mejores hombres y las mejores obras, estaban sentenciados por la chusma que lo cercaba. Su remordimiento rompió, primera vez, sus miedos seniles. Se encaró con Millán Astray, capitán de bandidos a sueldo: Pero, lo que usted quiere es una España tuerta, manca y coja como usted! En sus mismas barbas acobardadas veía resucitar el negador de su alma, aquella Anti-España cavernaria y cruel contra la que tronó sus mejores furias. Era ya muy tarde para volverse atrás. Don Miguel se vió maldecido por la España buena, por la España única y despreciado por los mismos que le habían comprado la adhesión a precio de escarnio. Se incorporó, —segunda vez—, en su caída. Dijo su última gran frase: ¡Venceréis, pero no convenceréis! Y murió, hondo destino de su condición trágica, peleado contra su vida, contra su historia, contra sí mismo, acuchillando su propia gloria.

Más de una vez se hizo el paralelo entre Máximo Gorki y Miguel de Unamuno. Sus obras sirvieron alguna ocasión para divagar sobre las semejanzas entre el alma rusa y la española. Parecía, en efecto, como si un hilo de agua vital venido de lo hondo, de muy hondo, —del pueblo— les alumbrara idénticas comprensiones. Ambos tenían prestancia sacerdotal: se dibujaban sobre sus llanuras adustas, —estepa de Nizhni-Nevgorod, estepa de Salamanca,— como patriarcas ungidos por el sudor amargo de los desvalidos. La vejez, alusión desvirtuadora, era en ellos condición inmutable, signo de presencia, no de huída. La creación parecía en los dos labor primaria, vegetal, exudado forzoso de sus existencias. Como en caso alguno se les sentía padres de sus criaturas fingidas; padres, es decir, engendradores placenteros. Sus manos deíficas se hundían con gozo y dolor en el barro manchado por la vida. De sus soplos profundos nacía un mundo doloroso y tierno con la esperanza enroscada en el lamento desolado.

Como tantas veces, la similitud no era sino la presencia de elementos complementarios y el arranque común de una definitiva divergencia. La distinción radical que se escondía bajo los gestos parientes decidió las muertes distintas. Unamuno desaparece como una negación. Gorki como una afirmación. Unamuno se va enemigo de todo, aún de sí mismo. Gorki sale de la vida amado por la justicia del mundo. El autor de *La Agonía del Cristianismo*, desconfía y desespera en su último día, de todos los bandos. El escritor de *Tomás Gordeiev* agoniza en la fe comunista. Unamuno es un fracaso. Gorki un ejemplo.

¿Y por qué, si anda por medio esta distinción radical, ese destino opuesto, un escritor recuerda a otro y ahora, a la muerte del español, surge otra vez el paralelo y el contraste? Porque diversos y contrarios, en ambos se produce, con distinta salida, el mismo conflicto. En uno y otro se enfrenta lo intelectual a lo revolucionario. En uno y otro los hábitos mentales del oficio se pelean con la necesidad política. En Don Miguel, como en Alexi Maximovich, ocurre que los mundos privativos, los mundos de sus criaturas, llegan a dominar tiránicamente. Crean sus personajes y, a poco, los personajes mandan sobre sus creadores. Por algo como en Pirandello y antes que en Pirandello los hijos de su mente dialogan con Unamuno. Por algo nos narra Máximo Gorki aquel sueño doloroso en que los hombres de sus relatos le exigen estrecha cuenta de lo que ha hecho con ellos y se

(*Concluye en la página anterior*)



Huyendo del bombardeo aéreo

Por *Bagaría.*

—Madre: Por qué nos hacen marchar?
—Por miedo a la civilización fascista.

Romance

= *Envío del autor.* Costa Rica y marzo del 37 =

(A los niños españoles)

Los niños que mueren de hambre,
los que se mueren de frío,
los que tienen en el pecho
rojos geranios de sangre,
no morirán, no están muertos,
están recorriendo España
vivos, transfigurados,
están luchando en silencio,
están ganando batallas,
están recorriendo el mundo
invisibles, por el aire,
y ganando corazones
lentamente, con palabras
que nos encienden la sangre,
que nos preparan los ánimos
para marchar a la guerra
definitiva y última.
Irán por el aire, irán
ganando nuevas batallas,
e irán recorriendo el mundo
ganando más corazones.

Fernando Luján

Imprenta Borrasé Hermanos. — San José de Costa Rica.